

MADRID-MADRID

Ricardo Lorenzo

MADRID I (1976-1985)

PALABRAS PRELIMINARES

Cuando Jorge Luis Peralta, desde Palma, me hizo la propuesta –participar en un dossier para la revista *Clepsydra* centrado en las memorias, testimonios, recuerdos, de los testigos-protagonistas de un tiempo pregay, en América Latina y en España– le dije inmediatamente que sí. ¡Qué mejor momento que este para mirar por el retrovisor o poner en marcha la moviola encerrado en la cabaña aprendiendo palabras nuevas en la tele y en la radio: desescalada, nueva normalidad, COVID 19! Otra cosa que me gustó de la propuesta es que el texto a escribir «sería completamente libre y sin condicionamientos formales de ningún tipo». Para orientarme un poco más y como referencia, J.L. me envió el libro que publicó en Egales, *Antes del orgullo. Recuperando la memoria gay*, que devoré con entusiasmo.

La mayoría de los textos –tanto los mexicanos como los argentinos– hablaban también «de mí» a través de las películas mencionadas que veíamos –ya fuera en Buenos Aires o en Ciudad de México–; los libros leídos febrilmente buscando claves para «entender»; la música que constituyó la banda sonora de nuestra lejana juventud... Me reconocí en muchos de los pasajes de «Memorialia de aceras olvidadas» –a pesar de que nunca estuve en México–, de José Porras, tanto como con «Interiores gays. Recuerdos de un argentino en las décadas de los cincuenta, 60 y 70 del siglo xx», de Rubén Mettini. ¿Será que soy de la misma quinta que los autores citados? Puede ser. Pero también puede ser que culturalmente hablando México y Argentina se hallaban muy conectadas entonces gracias al cine.

En los textos de Porras y Mettini se habla de películas, se las nombra, se las recuerda asociadas a la propia biografía de los autores, como la hiedra al muro. Y en el escrito de Ernesto Meccia –«La invención de la diva. Homosexualidad y comunidades interpretativas en el cine argentino», dedicado a Mecha Ortiz–, se habla de esa extraña fascinación que provocaban ciertas actrices en los homosexuales de entonces, entre los que me cuento. Otro referente de ícono pregay fue María Félix, la Doña, tan familiar para los argentinos en los 50-60 del pasado siglo pues vivió una temporada larga en Buenos Aires y produjo durante su estadía, aparte de un filme, *La Pasión Desnuda* (1953), y un insólito disco de tangos, un sabroso anecdotario –posiblemente apócrifo– erótico-festivo.

¿Qué hubiera sido de nosotros sin el cine? De todas mis adicciones el cine fue –y es– la más perdurable y la más educativa sentimentalmente hablando. En el cine, por ejemplo, a los siete años, viendo con mi madre *El jardinero español* (1956) tuve un *flash* de precoz *amour fou* por Dick Bogarde que provocó un pequeño escándalo en el Cine Petit Palace –también conocido como Petipulga de Ituzaingó, en el oeste del Gran Buenos Aires– pues me puse a llorar tan desconsoladamente cuando echan injustamente al jardinero de la súpermansión, que mi madre tuvo que sacarme de la sala y consolarme en el vestíbulo. Mi segundo gran descubrimiento fue viendo *Espartaco* (1960): en la escena de la lucha a muerte entre Kirk Douglas y Tony Curtis. Lucha a muerte por amor, para ahorrarle la cruz, Espartaco clava la espada en el pecho del amigo –¿cómo se llamaba, Antonino?... ya lo veré en Google– y yo tuve una erección brutal y reveladora.

Creo que todo lo importante, lo verdaderamente importante, lo aprendí en el cine. En los cines, desde aquel Petit Palace de Ituzaingó, de mi infancia, hasta mi último cine, el Renoir, en la plaza de los cubos, en Madrid (la última película que vi allí, antes del confinamiento, curiosamente, fue *La trinchera infinita*, sobre un «topo» de la Guerra Civil), sin olvidar, claro está, los otros cines, a los que no se va solamente a ver la película. Una vez escuché a alguien –no recuerdo a quién, lamentablemente, pero me quedó clavado– parafraseando el Martín Fierro de Hernández: «Dende el vientre de mi madre vine a este mundo... a ver cine». Pues lo suscribo, y agrego como homenaje a Luis Eduardo Aute, que nos dejó hace nada, durante esta pandemia: «Cine, cine, cine / más cine, por favor / que todo en la vida es cine / y los sueños cine son...».

Después de decirle que sí a Jorge Luis y de leer *Antes del orgullo* me puse a pensar qué contar, qué escribir, y advertí que tenía en el archivo mental siete décadas donde elegir instantes que contar. Siete décadas de vida dan para mucho y las mías transcurrieron en Argentina y en España. Llegué a España con 26 años y el pasado mayo, en Aranjuez, en cuarentena, acabo de cumplir 71...

Memorias de un setentón tituló Ramón Mesonero Romano, el cronista de la Villa y Corte de Madrid. Recuerdo que compré, recién llegado, el libro en la Cuesta de Moyano y pensé ¿70 años? Pues eso, que invocando a don Mesonero Romanos, he decidido comenzar por el momento en que llegué a España –con Héctor Anabitarte escapado de la Argentina de Videla– y me refugié (nos refugiarnos) primero en Madrid y después en Barcelona, San Sebastián, nuevamente Madrid y finalmente Aranjuez.

EL EXILIO Y LAS VÍSPERAS

Una de las cosas positivas que me trajo esta pandemia fue conocer virtualmente a Juan Pablo Queiroz y hacerme amigo suyo de una manera muy especial. Juan Pablo envió a Héctor Anabitarte la entrevista que realizó en la página web Moléculas Malucas a Luis Troitíño –la primera que dio en su vida–, miembro del histórico primer grupo de liberación homosexual de América Latina, «Nuestro Mundo», integrado posteriormente en el Frente de Liberación Homosexual, el FLH. Héctor se



conmovió al leerla, al reencontrarse tantos años después con el viejo amigo y todo su pasado. Le escribí a Juan Pablo agradeciéndole y desde aquel primer *email*—y ahora por WhatsApp— nuestro diálogo ha sido permanente. Juan Pablo es un estudioso apasionado de la historia del FLH y un incansable buscador de papeles y testimonios de los protagonistas de aquel momento tan particular. En uno de sus primeros *emails* me preguntó si yo había pertenecido al FLH antes de conocer a Héctor y yo le contesté esto el 1.º de mayo de 2020:

Querido Juan: me encanta escribirte y, tal vez sea porque hace casi cincuenta días que estamos encerrados, pero estoy especialmente locuaz y con ganas de hablar de cosas de las que generalmente no hablo—salvo con Héctor, claro— pues es muy difícil hacerlo con amigos de aquí a quienes les faltan esos sobrentendidos que a nosotros nos sobran. Por otra parte la mayor parte de mi vida transcurrió en España, llegué a los 26 y el domingo cumpla 71. Saca la cuenta. Contesto a tu pregunta, sí, estuve en el FLH muy tangencialmente, pero, mira por dónde, no conocí a Héctor hasta septiembre de 1976. Llegué al FLH a través de un novio que tenía entonces, Fernandito, Fernando García, dibujante—algunas de las portadas de *Somos las* dibujó él—, ceramista y muy hippie. Él fue quien me presentó a Néstor Perlongher con quien nos caímos fatal a primera vista. Recuerdo que fue en casa de Sarita Torres, en una fiesta de las que se montaban entonces. Eran unas fiestas tan, pero tan locas, como no recuerdo haber vivido jamás. Esa noche disparatada terminó fatal, me peleé con Fernandito—en ese entonces vivíamos juntos en Ituzaingo— que montó un número de los suyos, tremendo. La cosa terminó, dejamos de vivir juntos, pero al poco tiempo nos volvimos a ver en la Plaza de Ramos donde él tenía un puesto en la feria de artesanos y decidimos que era una estupidez seguir peleados, nos unían demasiadas cosas, entre otras la marihuana, los trips y las anfetis que él me conseguía para que yo estudiara noche y día y lograra recibirme de abogado, al tiempo que trabajaba como «analista de cuentas bancarias»—un oficio del que afortunadamente olvidé absolutamente todo—.

Después le perdí la pista a Fernandito, que se fue a vivir a Córdoba, a Alta Gracia, creo que con un novio rarísimo, medio místico, que se había echado. Yo, finalmente, me recibí de abogado y empecé a trabajar en el estudio de un amigo en Morón. Entre los clientes que teníamos me salió un novio, D., bastante rico, medio delincuente, de guante blanco, claro. Yo, para entonces (tendría 24 años y un cacao mental bastante considerable) la verdad es que no la pasaba nada mal follando con él, pues todo lo que tenía de chanta lo compensaba con belleza y muchísimo morbo. Un día lo invité al cine, al Loire, a ver *Piaf* (1974), basada en el libro de la hermanastra de la cantante, una película muy curiosa que me gustaría volver a ver. A la salida del cine nos encontramos con Sarita y una amiga que tenía entonces, Cristina, impresionante, muy parecida a Joan Crowfaord, del PST. Sara nos invitó a D. y a mí a su próximo cumpleaños. Y allí fuimos. D., que era un tipo bastante insoportable, pero muy guapo y excesivamente rumboso, recuerdo que esa noche llevó champán y no sé cuántos kilos de masas y la pasamos comiendo, bebiendo, riendo, hasta que a eso de la medianoche sonó el timbre y apareció Héctor con un amigo suyo, Carlos Villamor, psicólogo y un experto en El antedipo, sobre el que impartía cursos. Al poco rato toda la atención recayó en Héctor que venía de Gerli de visitar a una loca amiga, la viuda de Peñaloza, un personaje increíble e irreplicable, de los de Héctor. Esta loca tenía un amante, pistolero, guardaespaldas del goberna-



dor de la provincia de Bs. As, llamado Peñaloza, a quien mataron en un enfrentamiento entre grupos peronistas rivales –pero más que por problemas políticos, por quién se hacía con el control del juego clandestino en la zona–. Mientras Héctor hablaba, yo lo miraba y Sarita nos miraba a los dos. La cosa estaba clara. Después, cuando yo ya estaba con Héctor, Sara me dijo: «No podía verte con ese pelotudo, por eso invité a Héctor, para que lo conocieras y él te conociera a vos». Como casamentera no fallaba. Esa noche, antes de irse, Héctor me pasó el teléfono del lugar donde trabajaba: la agencia DAN. Al día siguiente lo llamé, nos encontramos en La Paz, y esa misma noche comenzamos a vivir juntos. Él ya estaba medio clandestino, ni sus padres sabían dónde vivía: un conventillo en San Telmo, Estados Unidos 322 –ahora ahí hay una tienda de antigüedades–. A la mañana siguiente, cuando Héctor se iba a trabajar y yo seguía en la cama, sacó una lata de adentro de una caja, la abrió, estaba llena de billetes, y me dijo, dándome la llave de la habitación: «por si me pasa algo, ya sabés donde está el dinero...». Cuatro meses después salíamos de Argentina... y hasta hoy. Un abrazo, querido Juan, desde el corazón de la pandemia. Ricardo.

EL GUGLIELMO MARCONI: LA NAVE DE LOS LOCOS

¿Así que nunca? ¿Ni siquiera con la frente marchita dentro de veinte años? ¿Ni siquiera con miedo al encuentro? ¿Ni con esperanza humilde? Mire, yo quiero ‘volver’ y apenas estamos saliendo.

Daniel Moyano, *Libro de navíos y borrascas*

El 16 de enero de 1977, un día caluroso y húmedo, dejamos Buenos Aires para siempre. Entonces no lo sabíamos, claro.

De madrugada, furtivamente, abandonamos la habitación del conventillo en el que vivía Héctor, arrastrando las maletas hasta la vereda, intentando no hacer ruido para no despertar a los vecinos. Antes de cerrar la puerta del pequeño cuarto, sacamos al patio común todas las pertenencias que no podíamos llevar (radio, ventilador, silla, mesa, ropa...) como explícito regalo y mensaje de despedida.

Un taxi nos llevó hasta el puerto –el puerto de antes, no el Puerto Madero cheto-pijo de hoy–, que estaba tomado por el ejército: los uniformados con cara de mala hostia controlaban el embarque separando a los viajeros de los familiares que venían a despedirlos y tenían que quedarse como a cincuenta metros del muelle donde estaba atracado el barco. Con el pasaporte y el pasaje en la mano haciendo fila para pasar frente a la autoridad que permitía el paso hasta el barco, subir la planchada, buscar el camarote –en bodega, de seis pasajeros– en el laberinto del Marconi, acomodar las maletas sobre dos de las literas y subir nuevamente a cubierta y esperar a que el barco zarpase. Nada de serpentinas arrojadas de la cubierta al muelle como en las películas en blanco y negro vistas en el Petit Palace de Ituzzaingó, nada de abrazos y besos..., solo manos y pañuelos que se agitan a lo lejos: veo en el recuerdo a mi madre y a una tía, hermana de mi padre, a quienes no pude disuadir y se empeñaron en venir a despedirme. Héctor, sabio como siempre, no avisó a nadie



de la partida, y en la escala en Montevideo envió una postal a sus padres en la que les decía que ya les escribiría desde España. A buen entendedor las pocas palabras de una postal bastan: sus padres respiraron tranquilos al recibirla, significaba que estaba vivo y que había podido salir de Argentina.

Salimos de Buenos Aires el 16 de enero de 1977, en el Guglielmo Marconi, que tenía como destino –también se podría escribir «derrota»– Génova, con escalas en Montevideo, Santos, Río de Janeiro, Lisboa y Barcelona. Dieciséis días de travesía, del verano tórrido de Buenos Aires, a lo más crudo del crudo invierno europeo.

PRIMERA ESCALA: MONTEVIDEO

El Marconi hizo una larga escala –ocho, diez horas, muchas– en Montevideo, una ciudad a la que siempre recuerdo con nostalgia: allí, durante nuestras habituales dictaduras, los jóvenes íbamos para respirar un poco y ver el cine que estaba prohibido en Buenos Aires o a comprar los libros que no se podían conseguir en Argentina. En cuanto cumplí los 18 años –mandaba en el país Onganía, un general opusdeísta de cursillo– crucé el río en el «Vapor de la Carrera» con billete de cubierta sin camarote (terminé en uno, pero esa es otra historia) y lo volví a cruzar en los años siguientes para visitar amigos y a un par de novios orientales que me regaló el *paisito*; a uno lo conocí en la Feria de Tristán Narvaja –algunos tramos del Rastro madrileño me la recuerdan siempre– y al otro, un anarcojipi que vivía en una Comuna en Carrasco, en un concierto en el que cantó Numa Moraes y todos coreamos «A desalambrar, a desalambrar», de Viglieti, y canciones de la Guerra Civil española –«Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero, en el frente de batalla, primera línea de fuego»–.

Y hablando de escribir y mandar cartas, vuelvo a enero de 1977, cuando bajamos del Marconi con Héctor y nos dirigimos al Correo Central de Montevideo para enviar una postal que compramos en un kiosco. Hacía un calor pegajoso muy rioplatense, yo llevaba una camisa blanca y cometí el error de desabrocharla e ir a pecho descubierto por la vida: un guardia me llamó la atención por tal osadía. Mala señal: Montevideo ya no era la ciudad amable y libre que yo conocía. Bordaberry había entregado el país a la milicada charrúa y estaba viviendo una luna de miel con Videla, colaborando en la persecución de «subversivos», montos o tupas, –«tanto monta monta tanto»– en ambos márgenes del Río «con melena de león» –como lo describió Lugones, el poeta fascista, el de la «Hora de la espada» de los infames años 30, padre del comisario Lugones, el creador de la picana eléctrica, invento argentino que se universalizó, para nuestra vergüenza–.

Héctor envió a Lanús la postal a sus padres y nos fuimos a dar un paseo. Caminando por la 18 de julio nos encontramos con X, una amiga uruguaya de Héctor que vivió muchos años en Buenos Aires y regresó a Montevideo después del golpe de marzo del 76, con su compañero, un militante de izquierdas, que fue detenido en cuanto llegaron y encerrado en el penal Libertad –el que le puso el nombre tenía un retorcido sentido del humor–. Continuamos juntos hasta la hora de salida del barco. X nos acompañó hasta la planchada del Marconi y recuerdo que le dijimos



que subiera con nosotros, que ya veríamos cómo esconderla. Nos sonrió y contestó: «No crean que no se me pasó por la cabeza, pero tengo que esperar a que salga él...».

Subimos a cubierta y desde allí nos hacíamos señas con X hasta que el barco empezó a moverse y a alejarse del muelle. Al mismo tiempo que el Marconi comenzaba la maniobra un grupo de uruguayos –cuatro, cinco– desplegaba una gran pancarta que decía «Bordaberry, metete el Uruguay en el culo» visible claramente desde el puerto.

A los pocos minutos el Marconi fue interceptado por dos patrulleras y comenzó una larga negociación entre el capitán del barco y las autoridades uruguayas que pretendían subir y detener a los de la pancarta ofensiva. El capitán les dijo que el Marconi era legalmente territorio italiano y que mejor que lo dejaran salir de la bocana del puerto si no querían provocar un conflicto internacional. Después de un tira y afloje la cosa se solucionó con el siguiente acuerdo: retirada de la explícita pancarta a cambio de dejar que el buque siguiera su rumbo hacia Santos y Río de Janeiro antes de abandonar América y cruzar la mar oceánica.

SEGUNDA Y TERCERA ESCALAS: SANTOS Y RÍO DE JANEIRO

¿Qué pasó en aquellas horas que siguieron a la salida de Montevideo?, me preguntaba Jorge Luis Peralta, el sábado 1 de agosto de 2020, contestando un *email* mío del 31 de julio. Este:

Querido Jorge Luis: estoy leyendo por segunda vez tu libro Paisajes de varones y disfrutando doblemente del «Paisanaje». La primera lectura la hice en diagonal y siguiendo el índice, parando especialmente en ciertas estaciones con nombres propios –Abelardo Arias, Bianco, Mujica Lainez–. Ahora lo estoy leyendo como corresponde, incluidas las notas –cada vez me gustan más las notas a pie de página– y ya te contaré en cuanto lo termine esta noche –mejor dicho, esta mañana, pues veo que amaneció por ahí fuera–. Te envío la primera escala –Montevideo– y corregí el texto anterior en que lucí a tope mi dislexia numérica confundiendo todas las fechas –es increíble cómo se me está agudizando eso–. El episodio en Montevideo me parece destacable para enseñar que la desgracia era compartida en Argentina y en Uruguay y también en Brasil, por cierto, nuestra próxima escala antes de cruzar el Atlántico hacia Lisboa, con los días que van virando del calor al frío, como ocurre también con el ánimo del pasaje. De la euforia de sentirte a salvo a la incertidumbre de lo que vendrá. En tres escalas más –Santos, Río y Lisboa–, llegaremos a Barcelona y de allí a Madrid. No se cuántas páginas puede llegar a tener esto, pero, eso, como decía Escarlata: «Mañana lo pensaré» –recurrir a la actualmente denostada Escarlata la esclavista, puede resultar políticamente incorrecto, pero uno no puede desprenderse así como así de su mitomanía cinéfila–. Un abrazo. Ricardo.

Desde entonces –y por motivos lorquianos– no pude volver al Marconi –que quedó anclado en la memoria como aquel barco de Cortázar en *Los premios*–. Releo lo escrito hasta aquí y me detengo un instante más en la escena de los uruguayos y la pancarta contra Bordaberry, en la actitud del capitán y la tripulación.

El barco continuó con sus rutinas –ya hablaré de ellas, de nuestros compañeros de mesa, de los personajes variopintos que se fueron presentando y ahora acuden a la memoria mezclados y contaminados por escenas de *Amarcord* y *E la nave va*, que mi cinefilia introduce en el texto. Sé que llegamos a Santos, que prácticamente no salimos del puerto, que nos negamos a ir al estadio donde jugó Pelé y vagabundeamos por los diques. Un trasiego digno de ver, barcos, barcos y barcos cargando las bodegas de mil productos –antes de los contenedores– y dársenas y diques con sus habitantes, una fauna que hubiera encantado al Fassbinder de *Querelle*. En Santos subieron al Marconi unos cuantos brasileños, sonrientes, pero bastante discretos comparados con los que subirían en Río. La entrada a la bahía de Río de Janeiro, mediado enero, con una temperatura y humedad ambiente tipo sauna, es aconsejable admirarla tras las cristalerías del salón climatizado del Marconi: ¡qué experiencia deslumbrante! En Río dimos unas cuantas vueltas fuera de los circuitos turísticos y recuerdo solo un detalle que se me ha quedado grabado: entramos a una iglesia, pequeña, pintada de varios colores, altar barroco deteriorado y en una hornacina iluminada con bombillas rojas, un Cristo niño robot, como uno de aquellos autómatas que hicieron furor entre los publicistas de los años locos. Este Cristo funcionaba con monedas, introducías una y él te saludaba con la manita dándote la paz. Muy fuerte y muy carioca.

Ni bien el barco se alejó de la costa empezaron a surgir los polizontes. Muchos/as. Alguna vez alguien tendría que destacar la ayuda que brindaron las tripulaciones de muchos barcos extranjeros que salvaron a cientos de fugitivos de las dictaduras del cono sur –Chile, Argentina, Uruguay, Brasil– escondiéndolos –nunca supimos exactamente dónde– hasta abandonar las aguas territoriales de Brasil. Nuestros polizontes pasaron a formar –de hecho– parte de la tripulación, comían con los marineros, jugaban a las cartas juntos e iban a ver con ellos las películas que proyectaban en un cine diminuto que no tenía nada que ver con el que frecuentaban los viajeros en general. Recuerdo que una noche Héctor y yo fuimos invitados a ver *Pajarracos y pajaritos*, de Pasolini. Todo un honor. Héctor había ya indagado y confraternizado. La tripulación estaba afiliada en su mayoría a un sindicato afín al PCI y era consciente de que su tiempo se terminaba, que esos grandes barcos eran imposibles de sostener económicamente, que ellos eran los últimos de una especie condenada a desaparecer, la de los viajes de pasajeros en buques entre América y Europa.

En cuanto el Marconi abandonó las aguas territoriales brasileñas y se adentró en el mar océano, no solo aparecieron los polizontes, también surgieron las confidencias, las verdades, los motivos que reunieron a tantas personas en aquel barco de la Línea C. Es la primera vez que escribo sobre el viaje en el Marconi. Pero ahora le hablo de ello, a través de WhatsApp, a Juan Pablo Queiroz, que me escucha en Sierra de los Padres y opina a propósito de este texto que se va armando sin plan previo.

Ayer le comentaba a Juan –«mensajeaba», qué «palabro» horrible–:

... estoy varado en mitad del océano, ahora viene el paso del Ecuador que es un momento curioso con show incluido –en el que reinaron, por supuesto, los brasileros–, muy simbólico, ya que con esa fiesta nos despedíamos del verano y nos acercábamos día a día al invierno con su cambio de vestuario y de ánimos... y des-





pués del jolgorio y el desmadre, el mazazo de la noticia: el asesinato de los abogados laboristas de Atocha, nos enteramos leyendo el periódico que diariamente se publicaba en el Marconi, una especie de boletín en el que salían las actividades programadas y algunos sueltos, breves, con informaciones de España, Italia, Argentina y allí leímos la noticia –uno de los compañeros de mesa, el «negrito lindo» (así se decía a sí mismo cuando se miraba en el espejo del camarote que compartíamos) dijo: «Me parece que hemos salido de Guatemala para meternos en Guatipeor». Tengo que hablar del Negrito Lindo, un chongo curioso, suburbial y recién salido de la colimba, simpático y entrador, y del resto de compañeros de esa mesa que compartimos durante la travesía. ¿Quién la armó, quién asignó los lugares? Debíó ser un gnomo al que le iba la marcha. He aquí el elenco: la pianista, una loca formidable y talentosa, altísimo, desgarbado, tremendamente flaco y teatral que desde el primer día dejó las cosas claras plantando, frente a su plato, una foto enmarcada del novio que lo esperaba en Génova; el médico santafesino y la sueca viajera, dos bellezas rubias en pleno enamoramiento, desaparecían en cualquier momento para follar sin pausa; el actor hipocondríaco –tenía un surtido de pastillas para todos sus males imaginarios–, bisexual –según él– que iba a probar suerte en París donde tenía amigos; el gallego –de verdad, nacido en Vigo, criado en Argentina, que volvía a trabajar con un tío de Marín en la mar–, tímido e inocente que se acopló lo mejor que pudo al elenco, que completábamos Héctor y yo.

Tengo que contar la partida de ajedrez que Héctor jugó una noche sobre el piso con losetas negras y blancas del salón del piano mientras la pianista nos regalaba uno de sus conciertos –era un virtuoso de verdad, un especialista en Chopin: el actor hipocondríaco una noche dijo malévolo «ni que fuera la Argerich». Serían como las tres de la mañana, Héctor fue a buscar al camarote un bolso de cuero en el que llevaba sus piezas de ajedrez y las dispuso sobre las losetas como si fueran un tablero. Inició una jugada... y –para nuestra sorpresa– apareció un oficial –muy Franco Nero–, de elegante uniforme blanco, que se agachó y movió un caballo y así siguieron un rato largo mientras la pianista tocaba a Chopin sintiéndose George Sand en la Cartuja de Valdemossa...

Bueno, chaval, ya ves como voy en el Marconi... No puedo salir del barco fácilmente. Tengo que contar lo de los brasileños, se reunían en la cubierta y fumaban maría, una noche uno me convidó y ofreció «maconia macanuda» –que compré, claro, 20 dólares muy bien empleados–. Recuerdo que pregunté a Antonio das Mortes –O Cangaço, así lo bauticé– si iba a Lisboa, «No, voy a Barcelona, Lisboa no me gusta». «¿Por qué?», le pregunté. «Porque está llena de portugueses». O Cangaço se pagaba buena parte del billete traficando a pequeña escala. Otra que también hizo negocio en el viaje fue La Tigresa –llamó nuestra atención cuando embarcamos en Buenos Aires por su vestimenta y sombrero, con motivos de leopardo, y le pusimos el mote felino–, según nos contó el actor hipocondríaco que inmediatamente se transformó en su amigo-esclavo. La Tigresa venía a hacer su última gira puteril por las Europas, sabía exactamente todas las tarifas según fuera el país y la ciudad. Esta era su despedida del puterío –rondaba los cincuenta–. Y mientras tanto, había echado un lazo a un viejete brasilero que viajaba en primera y que, según parece, era muy generoso. También había una bailarina –que practicaba francés con el actor hipocondríaco, pues también iba a París– a la que una noche de tormenta encontré vagando por los corredores vacíos, llorando desconsolado y repitiendo «¿Qué voy a hacer yo? ¿Qué voy a hacer yo?». Espero que le haya ido bien... Espero que les haya ido bien, tengo una foto que nos hicimos todos juntos, qué

jóvenes éramos... Bueno, Juan, te dejo y me pongo a escribir ... A ver si esta noche llegamos al estuario del Tajo (¿Quién nos iba a decir que terminaríamos viviendo junto a él, en Aranjuez?) y en cuanto se levante la niebla, Lisboa para nuestros ojos.

12/10/2020

Escribo un mensaje a Alejandro Modarelli¹ para preguntarle si tiene a mano el libreto de *Flores sobre el orín*, la obra de teatro que escribió, estrenada en 2014 en el Payró, dirigida por Jesús Gómez, y que vimos juntos en septiembre de 2016 en el Teatro de la Ranchería. En dicha obra hay una escena en la que aparece Héctor, transformado en personaje –yo lo vi interpretado por Carlos Donigian– diciendo un monólogo en la cubierta del Marconi. Desde que nos conocimos en 2001, en El Comercial de Madrid –cuando Alejandro viajó expresamente desde Buenos Aires para entrevistar a Anabitarte e incorporar su testimonio en *Fiestas, baños y exilios*, el libro que escribiera con Flavio Rapisardi–, somos amigos y nos encanta «epistolearnos» –otro «palabro» que hace poco leí y me shockeó– por Gmail y ahora también nos mensajamos por «guasap» y nos vemos cuando viene de visita a AranYork en uno de sus periplos peligrosos por el mundo que será todo lo ancho que Alegría decía, pero que para Moda O'Relly nunca es ajeno. En nuestro trato epistolar la designo con ese nombre, Moda O'Relly –le puse el mote después de leer la novela irlandesa de Jamie O'Neill, *Nadan dos chicos*, aunque prefiere que la llame Simona, por la Beauvoir, claro, y él me llama Lora del Río–. Jamás nos tuteamos por carta. A veces nos damos, a lo sumo, el tratamiento de Señora o Señora mía. A lo que iba: escribí para pedirle el texto del monólogo y me lo envió al instante.

Señora, le envió acá el texto del monólogo de Mrs. Ana Bitarte en el buque. Piense usted que las razones de incorporar al personaje opera como contraste de las locas cuya resistencia no era la del militante político sino a través del Eros. Le da ese tono necesario para entender que los maricones no siempre estamos pensando «en eso».

ESCENA 4

Un hombre de unos treinta años, o poco más, Héctor Anabitarte, periodista, escritor, ex sindicalista de correos, militante de izquierda y uno de los líderes del Frente de Liberación Homosexual (ya disuelto, a raíz del golpe de estado), viaja hacia España en el barco Guglielmo Marconi, mientras va desgranando una especie de minibiografía frente a un grabador:

Héctor: Yo, Héctor Anabitarte, excomunista del sindicato de Correos, activista del Frente de Liberación Homosexual, enamorado del mundo y de Ricardo, dejo

¹ Alejandro Modarelli, escritor y periodista argentino.



Buenos Aires porque me expulsa, porque está marchita. Hablo para un futuro. Mi nombre de guerra es, o mejor dicho era, Rodolfo. Nadie me pregunte por qué. No pude avisarles a los amigos ni a mi familia. Había que escapar porque no contaba el cuento. Ahora que se calmó la tormenta, recordar me viene bien. Dejo registro de todo, porque no quiero olvidar nada. En Uruguay acaban de subir unos refugiados, y apenas nuestro barco avanzó fuera del puerto, desplegaron un cartel contra el tirano. «Metete el Uruguay en el culo». Así están las cosas en este sur del continente. Mamá no pensaba que iba a ser para tanto. En la madrugada del golpe yo vi pasar por debajo de mi balcón de la Avenida de Mayo a un grupito de peronistas que defendían el gobierno de Isabel. Eran muy pocos, daban pena. Algunos compañeros del Partido Comunista creyeron que era preferible el golpe a los crímenes de las tres A. Así estamos. Bueno, en eso nunca tuvieron muchas luces los muchachos. Cuando dije que era homosexual me mandaron a un psiquiatra. En homofobia, se disputan todos el premio mayor... Ricardo, mi amor, dónde estará. Viene conmigo, seguro, pero desde que subí no puedo verlo. De todos modos, siempre se las arregla mejor que yo. Astucia de abogado, en esta época donde la ley es un padre ausente. No creo que vuelva a ver a los compañeros. Qué se puede esperar ahora. En el San Martín pusieron una bomba, por el Congreso de Sexología. Un médico de la policía explicaba que a las mujeres las violaban por provocar. Así de simple. Picana y Medicina. Hugo sigue firme en la resistencia: dejó el Frente, pero no para de yirar ni tampoco de meterse en los baños. Ojalá consiga robarle un orgasmo a la ciudad. Ayer me dijeron que a Adelaida Gigli y a David Viñas le mataron los hijos. Que ella se escapó a Brasil con un taxi de frontera. El éxodo de las flores, dijo Adelaida. Las flores del Mal, diría la Perlongher. Yo también me voy. Buenos Aires, me voy antes de que me marchites.

Sale del cuadro

Reciba usted mis cálidos saludos
Simona

Aquella noche de septiembre de 2016, con Alejandro, viendo en *Flores sobre el orín* a Héctor transformado en personaje, me emocioné profundamente y después de la función le agradecí a Carlos Donigian haberlo encarnado y le pedí que me escribiera unas líneas para publicar en un artículo que hice para el semanario *Más de Aranjuez*. Y Carlos me envió el siguiente texto:

Me siento muy orgulloso y feliz de transitar por la vida de un personaje como Héctor Anabitarte; y digo personaje porque desde el hecho teatral mi responsabilidad como actor es interpretar de la mejor manera y con la mayor credibilidad y emoción que me ofrece mi experiencia actoral el monólogo escrito por Alejandro Modarelli, que forma parte de la obra teatral *Flores sobre el orín*, y cuya dirección tuvo a cargo Jesús Gómez. Así que puse mi cuota de sensibilidad para lograr transmitir momentos tan difíciles por los que pasó Anabitarte, este militante cofundador del Frente de Liberación Homosexual, que convencido del riesgo de desaparecer en



la primera etapa de la dictadura allá por el 76/77 huyó a España junto a su querido Ricardo Lorenzo, su novio y actual pareja. Además traté de informarme con más detalles para que sea convincente mi trabajo en escena. También le propuse al director estar descalzo y vestirme de blanco, a lo cual accedió y nos pareció muy bueno el resultado que produce con las luces: ese contrapunto de oscuridad que rodea al personaje y él ahí, con sus ideales a cuestas, llevando esa resistencia pura y dolorosa que solo un exiliado debe saber cómo es.

15-10-2020

Querido Juan: Ya habrás visto cómo me hace quedar Moda O'Reilly en Flores sobre el orín. Se lo recriminé, claro está, pero lo justifica con argucias de dramaturga diciendo que es un detalle gracioso y desdramatizador en ese monólogo tan fuerte. En la función que vi era aún peor pues Héctor decía algo así como: «¿Dónde estará Ricardo? Bueno, seguro que persiguiendo algún marinero». Así es de malévolo Alejandro. Y se ve que mi pasado me condena como a Jane Fonda-Klute aunque en esta ocasión yo no estuviera persiguiendo a la marinería. Eso se le da muchísimo mejor al sr. Anabitarte que hasta juega al ajedrez con la oficialidad del Marconi. Por otra parte, si tienes a mano Estrechamente vigilados por la locura² busca el pasaje aquel en que habla del marinero de barco italiano «que no tenía derecho a ser tan tonto». En fin, que la lectura de la Escena 4 me ha hecho lloriquear un poco. Y tampoco es eso. Hace días que te vengo diciendo que llegaré a Lisboa y, como verás, aquí sigo. Pero está decidido que de esta noche no pasa. Eso sí, tengo que meter la historia del simulacro y el encuentro-espejo en alta mar, pues se me han quedado como imágenes fijas muy potentes en el recuerdo.

SIMULACRO: Debió de ser en los primeros días, en cuanto salimos de Río. Avisaron la noche anterior por los altoparlantes que se efectuaría un simulacro de abandono del barco en el cual a cada pasajero se le instruiría respecto a qué hacer en caso de hundimiento —ya fuera por ataque con torpedos o por chocar con un iceberg a lo Titanic o que nos pusiera de campana una ola gigante como en la Aventura del Poseidón o cualquier otra eventualidad—, al escuchar la sirena de emergencia, salidas numeradas, asignación de botes salvavidas, las mujeres y los niños primero y todo lo demás que ya hemos visto en tantas películas. Pues bien, la cosa fue así, a las ocho de la mañana, todos debíamos estar preparados con los chalecos puestos para que en cuanto sonara la sirena nos dirigiéramos a las salidas asignadas y subiéramos a cubierta ordenadamente. Sonó la sirena, corrimos a las escaleras, risas, caídas, desconcierto total, un verdadero desastre la evacuación, finalmente salimos a cubierta y, sorprendente, junto a los botes salvavidas ya estaban situados los únicos —hipotéticamente, claro— que se hubieran salvado: los más viejos del pasaje, que fueron los que siguieron al pie de la letra las ordenanzas. Los/as únicos/as que se

² Libro de Héctor Anabitarte publicado en 1982 en España (Nota del editor).





tomaron en serio el asunto, como que comentamos entonces con Héctor. Los que menos tienen que perder –ya que les quedan cuatro telediarios– se aferran a la vida intentando arrancarle unos días más y los que tienen muchísimo más –los años no vividos– se entretienen boludeando en los pasillos y obstaculizando el paso en la estampida. Serengueti total pero al revés. O será que cuando jóvenes somos por naturaleza inmortales, así nos lo creemos y por eso nos podemos divertir a tope y hacer planes a largo plazo, cosa que no se pueden permitir los abuelos del Marconi. Esta escena berlanguiana, querido Juan, me lleva a pensar en que el exilio también es una experiencia muy distinta, según la edad en que se sufre. Pienso en aquellos exiliados de cincuenta, sesenta y más años aún, que remataban así sus vidas. Desterrados. Pienso ahora en el viejo Colombres, aquel pintor maravilloso que murió en Madrid y pienso en Daniel Moyano. Tienes que leer *Libro de navíos y borrascas* –lo tengo tan presente cuando escribo este texto–. Y recuerdo perfectamente el impacto que supuso para mí leer esa novela maravillosa, magistral, musical... y también letal, para seguir rimando. Ahí en ese barco de la Línea C, el Cristoforo Colombo, buque hermano del Guglielmo Marconi, el barco en el que Daniel Moyano y su mujer e hijos partieron al exilio en ese entonces, está todo el fresco de la diáspora argentina y latinoamericana en aquellos terribles años. Voy a enviarte un artículo de Sara Bonnardel, «Libro de navíos y borrascas: Los aprendizajes del exilio», del que te copio este párrafo pues es el meollo del asunto, el caracú del hueso en cuestión al que hay que roer cuando uno se embarca en estas naves frágiles de la Naviera Memoria: «... El barco que los transporta es una morada provisoria, un primer refugio para restañar las heridas del pasado reciente, evocar el país de un pasado anterior, tierra de lo cotidiano y entrañable, e imaginar el futuro en el país extranjero que les ha dado asilo».

EL ENCUENTRO-ESEJO EN ALTA MAR: Por la mañana se nos avisó que el encuentro estaba previsto para el atardecer: el Cristoforo Colombo y el Guglielmo Marconi se cruzarían en la inmensidad del mar. El Colombo con destino a Buenos Aires, el Marconi con destino a Génova. Desde que nos dieron la noticia a la hora de comer nuestro grupo decidió desplazarse a esperarlo lo más cerca de la proa posible, como si quisiéramos tener el privilegio de ver aparecer al Cristoforo Colombo los primeros. El tiempo lo matamos –como si no fuera el tiempo el que nos matacharlando, cantando, pero poco a poco, nos fuimos quedando callados, adormilados, en silencio –como los personajes que en *Amarcord* aguardan en sus barcas de pescadores a que pase el gran trasatlántico–. Como nosotros en Primera y en Turista, todos los pasajeros aguardaban. Y, finalmente, un punto a lo lejos se divisó y juró que vimos como los dos barcos corrían a encontrarse como si fueran dos camellos en el desierto de *Lawrence de Arabia*. Hasta que se divisaron y lo festejaron con las sirenas al vuelo, contestándose la una a la otra en un idioma que seguramente dominan los barcos. El Marconi y el Cristoforo Colombo se cruzaron, muy cerca el uno del otro, tanto que podías apreciar la cara de los pasajeros que eran como uno pero en sentido contrario. Como en un cuento de Cortázar pasado de tuerca. «Es como si fuera un mirror», dijo la sueca viajera y el médico santafesino le estampó un beso, «Sí, eso es –dijo– un espejo».

A continuación se apoderó de nosotros una melancolía bastante malsana y un regodeo en la tristeza que se expresaba musicalmente. Los brasileiros, por supuesto,

sacaron sobresaliente como siempre con su «Tristeza non tem fin», pero tampoco los uruguayos se quedaron atrás con ayuda del Violín de Becho. De nuestro grupo debo destacar que la pianista abandonó a Chopin para tocar «Por una cabeza», esa noche, de madrugada, que bailó la bailarina en un solo inspirado y el Negrito lindo se reveló como gracioso, cantante de chacareras, Héctor permaneció divertido pero de espectador, y a mí me tocó malcantar un tango deprimente y hermoso que les jodió la noche a todos. «Sin piel», de Eladia Blázquez ¿recuerdan la letra?, «... voy a aprender a llorar sin sufrir, a caminar sin mirar una flor... igual que un robot, sin piel». Pues como si no bastara, y en la misma onda depresiva, el actor hipocondriaco nos recitó «Definiciones para esperar mi muerte», de Homero Manzi, que terminó de hacernos puré: «... pero ahora en medio de todas las cosas que todavía no he podido ser evoco a los marinos y a los desesperados que entregan el último acto frente al paisaje final e instantáneo de la demencia». Decime, Juan, si no es como para cortarse las venas, pues así éramos de intensos, se ve que nos iba la marcha como al gnomo que nos reunió en aquella mesa del Marconi. Lindo haberlo vivido para poderlo contar, como diría Zitarroza.

CUARTA ESCALA: LISBOA

Cuando se levantó la niebla sobre el estuario del Tajo, vimos por primera vez la Ciudad Blanca y al desembarcar, junto a la plaza del Comercio, una enorme pintada que recordaba la Revolución de los claveles que hacía muy poco había volteado a una de las dictaduras más longevas de Europa junto a la de Franco, la de Salazar. Pero allí, la revolución la habían dado los militares que, por una vez, se pusieron del lado del pueblo. Recuerdo que la primera impresión —nada nuevo, a todos los viajeros les ha pasado— al bajar del Marconi fue que todo se movía, que el suelo lo hacía, y me dio un ataque de risa inesperado que me sorprendió. Puede que fuera una mezcla de alegría y miedo. No sé explicarlo. Con Héctor nos abrimos solos, tomamos un café en Rocio, callejamos por el Chiado y trepamos por Alfama hasta llegar al Castillo de San Jorge, me emocionó ver junto a la iglesia de San Antonio de Padua, en un mirador, un enorme ombú trasplantado de las pampas vaya a saber por quién y cuándo. Allí, junto al ombú, nos hicimos nuestra primera foto de exiliados con una Kodak primitiva. Tomamos luego un tranvía que nos llevó a Os Jeronimos y a Belem. Y al regresar al barco decidimos con Héctor que en cuanto pudiéramos teníamos que volver a Lisboa.

La noche de la despedida —el gallego de Vigo, el negrito lindo—, Héctor y yo desembarcaríamos en Barcelona; la sueca viajera y el médico santafesino, la pianista, el actor hipondriaco y la bailarina seguirían hasta Génova. La cena fue bastante mustia, sin las habituales risotadas, y todos intentamos mantener el tipo. Después tomamos la última copa. «Nunca es la última», dijo la pianista y nos dedicó al piano un popurrí etílico que juntó «Tomo y obligo» con «La última curda» y remató con «Los mareados» que coreamos en corro: «Hoy vas a entrar en mi pasado, en el pasado de mi vida, qué grande ha sido nuestro amor y sin embargo, ay, mirá lo que quedó...».



El día 1 de febrero de 1977 llegamos a Barcelona. En el puerto nos esperaba Beba Eguía, que había venido desde Madrid para darnos la bienvenida. Es confuso recordar aquel día de la llegada. Sé que Beba nos llevó a casa de unos amigos –donde dormimos esa noche– para dejar las maletas, que caminamos por Las Ramblas y que Héctor se metió en una librería y compró un cuaderno de hojas cuadrículadas y preguntó «¿cuánto es?», le contestaron «cinco duros» y al ver el desconcierto en la cara de Héctor, Beba dijo «veinticinco pesetas, ya aprenderás». Nos metimos en La Ópera y en una de sus mesas Héctor inició su cuaderno con una fecha: 1 de febrero de 1977; hacía diez meses que Videla & Cía. se habían adueñado de Argentina y desatado el terror. A Héctor lo buscaban por varios motivos, podían elegir en su biografía: militante sindical, fundador del primer grupo homosexual –«Nuestro Mundo»– de Latinoamérica, periodista amenazado por la triple A que trabajaba en la Agencia DAN ligada al partido comunista y financiada por la URSS, miembro del Frente de Liberación Homosexual, con un prontuario que registraba ocho detenciones... Tenía todas las papeletas para desaparecer y el único camino que quedaba era el exilio. Un exilio que comenzaba escribiendo en La Ópera una fecha en la primera hoja de un cuaderno comprado en Las Ramblas.

A ese primer cuaderno, símbolo de libertad, le siguieron otros cientos –igual formato, mismo cuadrículado en las hojas, tapas blandas– que apila cuidadosamente numerados, pero jamás relee. Una vez me pidieron que escribiera una semblanza sobre Héctor –para el libro *Primera plana*– y escribí: «Los cuadernos de Héctor son como el hilo que Ariadna entrega a Teseo para salir del laberinto, y también son la bitácora de un navegante al que no le asustaron jamás las aguas turbulentas». Ahora que lo escribo me hace mucha gracia la referencia náutica teniendo en cuenta que acabamos de dejar el Marconi.

Recuerdo también que Beba nos puso al tanto de cómo estaba la situación en España después de la matanza de los abogados de Atocha y la manifestación multitudinaria que hubo de repulsa, de los problemas de los compañeros y compañeros que iban llegando, de la situación personal de ella con David, del piso en el que estaba viviendo en la calle Alcántara, en el barrio de Salamanca de Madrid, en el que también vivían su hijos adolescentes, Martita y Robertito, y los Carlos –su hermano y su novio llamados ambos Carlos–, a los que nos sumaríamos, por pocos días, Héctor y yo.

A media tarde Beba nos abandonó pues debía regresar a Madrid por líos familiares y se tomó un avión. Héctor y yo nos dirigimos a la Estación de Francia y sacamos billetes para el día siguiente por la mañana. De allí empezamos una caminata que nos llevó al parque de la Ciudadela con los ombúes que nos recibieron en las puertas enrejadas de la entrada por el paseo Picasso. Curioso, nuevamente los ombúes. «La Pampa tiene el ombú...». Pues parece que no solo la Pampa lo tiene.



MADRID

Aquel viaje de Barcelona a Madrid es como si se me hubiera borrado del disco duro, sé, eso sí, que fue mi primer viaje en un tren europeo, de esos que salían en las películas, con un largo corredor y los compartimentos para ocho a los que se accedía por unas puertas correderas. Me encantaban esos trenes condenados, como el Marconi, a la extinción y reemplazados por el AVE. Pero todavía faltaba bastante para que aquello ocurriera. No sé cuánto duraba el viaje, 8, 10, 12 horas, pero finalmente llegamos a Madrid-Chamartín el 3 de febrero, a la atardecida-noche. Salimos de la estación y lo único que recuerdo es el frío, ese frío de Madrid que viene del Guadarrama y corta la respiración.

LA EDITORIAL HERNANDO Y LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Tomamos un taxi hasta el piso de Beba en la calle Alcántara y sé que nos pasamos hablando con los habitantes de la casa hasta muy tarde. Aquella noche se decidió que nos quedaríamos una semana mientras buscábamos una habitación para alquilar y que colaboraríamos con Beba en la búsqueda de datos para la biografía de Pasteur que David tenía que entregar en menos de una semana en la Editorial Hernando, para la colección «Caminos Abiertos por» («Una colección de Biografías de todos aquellos –hombres y mujeres– que desde los más diversos campos de la cultura, la investigación y la ciencia o la política, han abierto caminos en la senda de la historia»). Al día siguiente Bebita, Héctor y yo fuimos a la Biblioteca Nacional. En el mismo momento sacamos un carnet de lectores –nuestro primer documento hispano– y empezamos a consultar libros sobre Pasteur, Vacunas, Historia, Anuarios, etc, etc, etc., y a tomar notas y más notas. En aquella época no se podía hacer fotocopias, había que leer y copiar... Y, más tarde, en casa, repartirnos el índice que había elaborado David y redactar a toda pastilla, fusilando sin contemplación las notas tomadas en la biblioteca. Le íbamos pasando los borradores a David, que los terminaba de armar y les daba una mínima forma literaria. Lo cierto es que en una semana el Pasteur estaba listo y entregado. Y, por cierto, no quedó nada mal. A David le pagaron y esa noche nos invitó a comer fuera, a un asador carísimo que se llevó casi la mitad de lo cobrado.

David nos comentó que en la colección estaban ‘libres’ Bolívar y Copérnico y que ya había hablado de nosotros con Florentino Pérez, que era el director editorial, y con el novelista Isaac Montero, que era el asesor. Decidimos que yo me encargaría de Bolívar y Héctor de Copérnico. Fuimos a la editorial y nos pidieron como prueba que presentáramos un primer capítulo. Recuerdo que yo, como lo único que sabía de Bolívar era su historia con San Martín, empecé la biografía con el momento cumbre de la entrevista de Guayaquil. Escribo esto con el libro sobre la mesa –hace años que ni lo abría– y me emocio leyendo el arranque novelero de «Una entrevista histórica», título del primer capítulo: «El día 25 de julio de 1822, el vigía de la isla de Puna informa que al amanecer ha fondeado la goleta La Macedonia. La ciudad de Guayaquil se conmociona y es tema obligado de conversación en todos



los niveles sociales. Parecería que el tiempo se hubiera detenido y desde los señores con capa hasta los indios que llevan su mercancía multicolor al mercado, acuden a mirar la nave que trae desde el Perú al general José de San Martín». Me emocioné leyendo este arranque del Bolívar pues recordé dónde y cómo escribí esas líneas: en la habitación de la pensión de la calle de La Palma, en una lettera portátil colocada sobre una manta doblada para amortiguar el sonido de las teclas. Si llevar un libro bajo el brazo entonces ya resultaba sospechoso, escribirlo ni les cuento. Tengo que preguntar a Héctor si recuerda cómo empezó su Copérnico. Con aquellos dos libros arrancó nuestra colaboración con la Editorial Hernando, para la que escribimos otras biografías: de Gandhi, Bartolomé de las Casas y... Valentina Tereshkova, la cosmonauta soviética –de quien Héctor había escrito hasta el agotamiento en la Agencia DAN, que distribuía noticias de la URSS– y que volvía a su vida de esta manera tan inesperada.

La editorial Hernando cubrió las primeras necesidades básicas en nuestra nueva vida, pero lógicamente debimos buscar otras fuentes de ingresos y, al mismo tiempo que escribíamos las biografías, intentábamos colaborar en diarios y revistas, enviando artículos por correo –algo que parece imposible hoy: en ese entonces si a la revista en cuestión le interesaba, te contestaban y si el artículo iba a ser publicado te adjuntaban un talón–. Eso fue lo que nos ocurrió con *Tiempo de Historia*.

TIEMPO DE HISTORIA, EL TEXAS Y EDUARDITO HARO IBARS

El primer artículo firmado por Héctor fue sobre la situación de la mujer en Latinoamérica, que Guillermo Moreno de Guerra, el jefe de redacción, consideró muy oportuno y decidió publicar. Desde entonces y hasta el cierre de la revista (ligada al grupo que editaba también el semanario *Triunfo*) en 1982, nuestras firmas –juntos o por separado– fueron muy habituales –quien quiera acceder a dichos artículos puede hacerlo a través de Google, pues la revista ha sido digitalizada y puede ser consultada–.

Para escribir este texto he sacado las colecciones de *Tiempo de Historia* y *Triunfo* en busca de nuestras colaboraciones y en vez de eso –que también– me metí de cabeza en la realidad de aquellos días tan convulsos, tan inciertos, tan violentos y, sin embargo, tan esperanzados. Año 77. Gobernaba Suárez, la palabra transición no se usaba, Carrillo se paseaba con o sin peluca por Madrid, los topos empezaban a salir de sus agujeros, los guerrilleros de Cristo Rey campaban a sus anchas y entraban en los bares con bates de béisbol y cadenas obligando a cantar el «Cara al sol» a todo quisqui que por allí pasara... Y, simultáneamente, estallaban las fiestas populares; en la del 2 de mayo un chico y una chica se encaramaban a las estatuas de Daoiz y Velarde desnudos (hay una foto histórica de aquel momento, que era corriente ver colgada con chinchetas junto al *Guernica* de Picasso en las habitaciones de los ‘progres’ de entonces).

Leer los *Tiempo de Historia* y los *Triunfo* de nuestro primer Madrid me ha servido para dimensionar el privilegio que fue poder haber presenciado aquello y participado activamente. Mientras que en Argentina se había instalado el terror, en

España los tiempos estaban cambiando, como en la canción de Dylan, pero de una forma acelerada, viento en popa a toda vela, a lo Espronceda.

Colaborar en *Tiempo de Historia* significaba también pasarse semanalmente por la redacción a ver a Guillermo y de ahí marchar al Texas, el bar de la esquina, donde podíamos pasar horas de tertulia con los colaboradores que se iban sumando a la charla, que a veces degeneraba en discusiones enconadas y en reconciliaciones etílicas sonadas. Una de aquellas tardes de tertulia conocí a Eduardito Haro Ibars –el diminutivo le venía pues era hijo de Eduardo Haro Tecglen–, el poeta, que ya había escrito –a los 17 años– *Pérdidas blancas*, estaba terminando *¿De qué van las drogas?* y publicaba todas las semanas, en *Triunfo*, «Cultura a la contra», una columna que dinamitaba lo establecido y promovía la ruptura dando voz a quienes no la tenían aunque tuvieran mucho que decir. Haro Ibars no solo cargaba contra la cultura académica, sino que destacaba la existencia de otras voces silenciadas y les ponía nombres y apellidos.

Alto, flaco, guapo, rarísimo para la época, talentosísimo con la pluma y la palabra, ácido y tierno, erudito en todos los idiomas, excesivo en afectos y en odios, en filias y fobias, era un tipo único que, para mi sorpresa, leía a Roberto Arlt –si aún hoy es un desconocido–; en España, en 1977, solo leían a Arlt Eduardito y un colega suyo –no recuerdo el nombre– que no solo lo leía sino que firmaba como Remo Erdosain –el personaje de *Los siete locos* sus artículos en *Triunfo*–. Arlt nos unió en el Texas, comentando las aguafuertes marroquíes que escribiera en *Aguafuertes españolas*. Eduardo me contagió su amor por una ciudad decisiva para él, Tánger, donde pasó su adolescencia –su padre dirigía el diario *España*, una rara avis en el periodismo de la época franquista, un nido de rojos encubiertos o de poco afines al régimen en un sitio único, en un tiempo irrepetible–, y trató a Paul Bowles o a Ángel Vázquez, autor de una de las novelas más originales y *queer*, *La vida perra de Juanita Narboni* –la conseguí en la Cuesta de Moyano, antes de la cuarentena, y volví a leerla–, también recomendando que vean la película que hizo Javier Aguirre para mayor gloria y lucimiento de su mujer y musa, Esperanza Roy, grande entre las grandes, a quien también dirigió en *La monja alférez* (así como Meccia escribió sobre Mecha Ortiz, alguien debería contar lo que la Roy significó como ícono gay y aliada total del loquerío español en los setenta).

LA ENCUESTA DE OZONO, EL VIEJO TOPO Y QUEIMADA

Vivimos en nuestro primer Madrid desde principios de 1977 hasta finales de 1979. Casi tres años en los que cambiamos unas cuantas veces de domicilio: casa de Beba, pensión, un piso compartido en Argüelles, una casa en El Escorial, un piso-comuna en la calle del Pez, un departamento en Cuatro Caminos que nos cedió una amiga, en otro por Azca, un piso en Canillejas que alquilaba un amigo norteamericano que se volvió a Nueva York...

Aparte de para *Tiempo de Historia* y *Triunfo* escribíamos también para el periódico *Informaciones* y las revistas *Renovación* –de las Juventudes socialistas–. Mi primer artículo fue «El pato Donald se cargó a Mafalda» y en él comentaba



el ensayo del chileno Ariel Dorfman *Para leer al Pato Donald* y la desaparición de Mini, la hija de David Viñas y Adelaida Gigli (Mini, en la novela de David, *Dar la cara*, aparece bajo el nombre de Mafalda y en dicho personaje se inspiró Quino para bautizar a su criatura); *El Socialista* –en sus páginas Héctor denunció los crímenes de la dictadura de Videla y la persecución desatada contra los homosexuales y el asesinato de travestís–; *Zona abierta*, una revista política, de ideas, que dirigía Ludolfo Paramio y en la que Héctor escribió un artículo que dio mucho que hablar en el Partido Comunista Argentino. El artículo llevaba un título revelador, «Nosotros no somos pinochetistas», y daba cuenta de la ambigua actitud del PCA respecto a la dictadura de Videla que, tan antimarxista como era, paradójicamente, tenía de socio geopolítico a la URSS; *Ozono*, para esta revista bastante *underground* de Madrid, que estaba en la onda de *Ajoblanco*, de Barcelona, o *La bicicleta*, de Valencia, elaboramos junto al psicólogo Soriano Gil y un sociólogo navarro –de cuyo nombre no puedo acordarme– una encuesta sobre homosexualidad –creo que no existía ninguna hasta entonces–, la percepción y aceptación o no de la misma. La forma de realizar la encuesta fue a través de la revista –con las contestaciones de los lectores–, pero también de entrevistas directas realizadas en el incipiente *gueto* madrileño de entonces –nada que ver con el actual–, a años luz, y las que pasábamos a amigos y conocidos del *ambiente*. *Gueto, Ambiente*. Suena tan antiguo que me sorprende.

Al mismo tiempo que escribíamos en Madrid enviamos artículos a revistas de Barcelona y Bilbao, con el sistema del que ya les hablé. Artículo en un sobre, sello y a esperar. Así enviamos «Persecución y muerte en el mundo cristiano» a *El Viejo Topo* y lo publicaron.

Aquel artículo fue leído por Mariano de la Iglesia, de la Editorial Queimada, que nos contactó y propuso que escribiéramos un libro sobre homosexualidad. Si el bar Texas se transformó en mi cabeza en una prolongación de la redacción de *Tiempo de Historia*, las oficinas, imprenta, taller, depósito, donde estaba Queimada, fue para mí durante bastantes meses un aula en la que presencié clases magistrales impartidas por ilustres anarquistas, entre ellos Abraham Guillén, casi mitológico para algunos jóvenes revolucionarios de entonces, historia viva que había hecho todas las guerras y las había perdido a todas, sin excepción, empezando por la Guerra Civil y terminando con su experiencia como asesor militar de varias guerrillas latinoamericanas. Había vuelto del exilio hacía poco, escribía artículos para *Diario 16* y preparaba un libro que iba a publicar Queimada. Abraham Guillén nos contaba entonces que los tanques del Pacto de Varsovia podían entrar en París en cualquier momento y lo hacía con un mapa en la mano. Nosotros –los miembros de Queimada, que era una cooperativa, e invitados– escuchábamos más interesados en el personaje que en lo que decía. Cosas como que había utilizado más de cincuenta nombres en la clandestinidad e innumerables disfraces. Una tarde que estaba más apocalíptico de lo habitual, yo me estaba liando un porro discretamente, en un rincón, pero entonces no dominaba aún la técnica y se ve que molestaba con mi torpeza al disertante, quien finalmente se acercó, me quitó el papelillo, ahuecó la mano para que yo depositara lo que para él era tabaco de liar y me hizo en un instante un cigarrillo perfecto: «En el frente de Guadarrama yo esto lo hacía con los ojos cerrados y ahora no puedo fumar, hay



que joderse». Desde entonces me vacilaban en Queimada: «Si supiera Abraham que le haces liar canutos te manda fusilar». Situaciones como esa pueden reflejar un poco lo que suponía ver a los viejos ácratas austeros confraternizando con una panda de melenudos jiposos que fumaban canutos y se emborrachaban un día sí y otro también y lo que más les gustaba en la vida era follar. Y, para colmo, ahora publicaban libros sobre maricones «Ay, si Durruti levantara la cabeza, con lo homófobo que era el colega».

AMNISTÍA INTERNACIONAL Y LAS POSTALES DE *PARA TI*

Tengo que buscar en la colección de *Triunfo* el mitin aquel multitudinario del PCE en Torrelodones, pasado por agua, en el que conocimos a la gente de Amnistía Internacional que estaba allí con un tenderete en el que vendían sus publicaciones y asesoraban a quienes se acercaban, contaban lo que hacían, quiénes eran. En aquella época, recién creada, en España, en Madrid, las opiniones sobre la ONG eran muy variadas según en qué bando se estuviera. Resultaba difícil de entender que se puede ser de izquierda o de derecha, pero estar de acuerdo en denunciar la violación de los derechos humanos en la mayor parte del planeta, promoviendo la defensa de los «prisioneros de conciencia» de cualquier país y trabajando para obtener su liberación. Lo mismo que había que denunciar la práctica de la tortura y la vigencia de la pena de muerte. Allí, en aquel mitin, nos asociamos a Amnistía Internacional y comenzamos a participar en las actividades que se desarrollaban en su sede: un piso en la calle Columela, muy cerca de la Puerta de Alcalá, «Zona Nacional» que, mientras nosotros estuvimos allí, fue objeto de dos atentados: en el primero balearon la puerta —el proyectil pegó cerca de donde jugaba Sarita, una niña de dos años, hija de Linda, una neoyorquina de Brooklyn, amiga del alma desde entonces— y en el segundo arrojaron un artefacto incendiario, que chamuscó la escalera de acceso a la sede de Amnistía ubicado en uno de los pisos.

Al poco tiempo, la entonces presidenta de Amnistía, Silvia Escobar, propuso que Héctor fuera contratado para encargarse del funcionamiento diario de la sede y de tareas de organización. Yo pasé a colaborar en un grupo de prensa que se ocupaba fundamentalmente de elaborar informes sobre violaciones de derechos humanos que se distribuían a los medios de comunicación. Recuerdo que muchas veces, leyendo y redactando notas de prensa sobre el horror universal, transcribiendo el testimonio de las víctimas, con sus palabras escritas en cartas que llegaban por correo y otros medios, sentía una especie de impotencia profunda y un desprecio absoluto por los verdugos que abundan en todas las latitudes. Claro que me reponía rápido cuando veía la otra cara del horror, la que se expresa en la solidaridad efectiva de la que fuimos beneficiarios directos como exiliados, primero, y como refugiados después (ACNHUR nos concedió el Refugio Político y un pasaporte azul para poder movernos por el mundo «con la excepción del país de origen», y Cruz Roja nos proporcionó asistencia sanitaria).

Colaborar en Amnistía nos mantuvo en contacto permanente con lo que estaba ocurriendo en Argentina, en Chile, en Brasil, en Uruguay; a la sede de Colu-



mela llegaban frecuentemente familiares de desaparecidos argentinos a hacer denuncias, a pedir ayuda, orientación, o simplemente a desahogarse.

Ya he dicho que a la sede de Amnistía, en Madrid, llegaban cartas, pero nunca en tal cantidad, centenares (y todas procedentes de Argentina) como las que recibimos en aquella ocasión: la revista *Para Ti* había promovido y embanderado una campaña para defender el prestigio de Argentina en el exterior, dañado por las mentiras e infundios vertidos por los exiliados que encontraban eco en asociaciones como Amnistía Internacional, que denunciaba los crímenes de la dictadura militar en su Anuario. Para contrarrestar esa mala imagen distribuyó postales entre sus lectores/as para que estos/as las enviaran a la sede madrileña de Amnistía. Curiosamente, a las postales las encabezaba un lema: «HEMOS GANADO LA PAZ», acompañado por imágenes de felicidad ciudadana, un estadio de fútbol, una pareja bailando tango en Caminito, dos o tres gauchos, como corresponde, domando un pingo o preparando un asado y tópicos similares. Me acuerdo de que viendo aquellas postales encontré unas cuantas firmadas por familiares y conocidos...

Un día Silvia Escobar nos comentó que en Londres –donde funciona la sede central de AI– se estaba debatiendo la situación de los homosexuales encarcelados en diversos países y la intención de otorgar a toda persona detenida por razón de su orientación sexual la condición de «prisionero de conciencia», necesaria para justificar la intervención activa de AI, según fijaban sus estatutos. En la Asamblea Anual iba a debatirse la cuestión y cada delegación debía pronunciarse al respecto. Por eso pedía nuestra colaboración para elaborar un documento en el que se fijara la posición española favorable a la incorporación de los homosexuales como «prisioneros de conciencia».

LA DIRECCIÓN GENERAL DE SEGURIDAD, LA SALVY Y EL ESTATUTO DE REFUGIADO POLÍTICO

Quando nosotros llegamos, 1977, España aún no había firmado la Convención de Ginebra y el Alto Comisionado de Naciones Unidas –ACNHUR– no tenía sede en Madrid. Para obtener el refugio político el trámite lo realizaba la Policía española, que luego remitía sus informes a Ginebra y allí se decidía si el solicitante reunía los requisitos o no para concederle el refugio. Los trámites se realizaban, en Madrid, en lo que hoy es la sede de la Comunidad, y entonces era la sede de la DGS, la Dirección General de Seguridad, de terrible recuerdo para quienes tuvieron que pasar por ella en la época franquista (en estas dependencias, entre otros sonados torturadores, ejercía el tristemente célebre Billy el niño). Allí Héctor y yo y mucha más gente esperábamos en una especie de patio interior –seguro que allí se realizan recepciones oficiales actualmente– para ser interrogados por varios policías que se hallaban tras unos cuantos escritorios con sus máquinas de escribir, charlando entre ellos, fumando, riendo... hasta que decidieron terminar el recreo y empezaron a tomarnos declaración. Individual –te interrogaban a ti– y colectiva –pues todos escuchaban lo que decías–. Recuerdo que a una muchacha que pasó antes que yo el policía, al verla acompañada por dos niños, uno rubio y otro moreno, le preguntó



«¿Son del mismo padre?». «No, este es mi hijo y este es mi sobrino y está a mi cargo pues mataron a su papá y a su mamá que era mi hermana». «Ah, ya decía yo, que no podían ser hermanos» y agregó «¿Y su marido, está vivo o muerto?». «No lo sé, está desaparecido».

Cuando me tocó a mí lo primero que me dijo fue: «A ver, ¿cuántos muertos tienes tú?». A Héctor le tocó un interrogador muy puesto en política internacional que al enterarse de que era periodista y que estaba colaborando en *Triunfo* y en *El Viejo Topo*, se declaró lector entusiasta de ambas publicaciones y le disparó a boca-jarro: «¿Qué cree que va a pasar en la URSS...?».

Franco ya no estaba, pero aún se notaba su presencia. Finalmente, y a lo que iba, obtuvimos el refugio político y así se solucionó el problema legal. Y fue entonces cuando llegó la Salvy.

Es como si la estuviera viendo. Salíamos con Héctor del metro Las Musas, en la Línea 6, recién inaugurado en el medio de la nada, junto a un canódromo y un cañadón que había que atravesar para llegar a nuestro barrio. Allí, un amigo norteamericano, Glenn, nos había dejado el piso que alquilaba por seis meses pues tenía que volver a Nueva York a arreglar asuntos sentimentales muy interraciales —él era blanco judío y ella era negra baptista y las familias de ambos se oponían rotundamente a la relación e impedían que se concretara su amor en España, donde ella tenía que venir a quedarse con él y no vino—. Perdón por la digresión.

Como les decía, es como si la estuviera viendo. Subíamos la escalera con Héctor, era bastante tarde, las 10, 11 de la noche y entonces lo vi, apoyado en la pared de la boca del metro, inconfundible. «Mirá, Héctor, la Salvy», le dije. «No puede ser», me contestó. Ella, con una sonrisa irónica muy suya, nos esperaba en lo alto de la escalera con gesto de *boy* del Maipo —lo fue en su época dorada, con la Lobato y la Roca³— esperando a la vedette.

Harta de ir presa todos los días, detenida a cualquier hora por el único motivo de existir y circular por la vía pública, la Salvy decidió abandonar Argentina, vendió lo poco que tenía, la ayudaron unas locas amigas a cambio de que les hiciera algunos arreglitos en sus vestuarios —entre los muchos dones que la adornaban la habilidad con la Singer era uno de los más admirados—. «La Juanjo me dio la dirección de ustedes, me dijo que estaba en Madrid por donde Dios perdió el poncho. Les manda muchos besos y el último libro que escribió, mejor dicho que publicó, pues ya sabes cómo es, no escribe nada, aunque siempre está hablando de Iturry, una loca tucumana, sobre la que está, dice, escribiendo una novela». «Y, por aquí ¿cómo andan?». La veo y la escucho.

La Salvy tuvo una vida que, como pasa con los personajes de Pirandello, merecería encontrar un autor que la contara. Aunque mejor es que permanezca así en la tradición oral de quienes la conocieron y fueron —fuimos— creando su leyenda.

³ Nélide Lobato (1934-1982) y Nélide Roca (1929-1999) fueron célebres vedettes argentinas (nota del editor).



Salvy era enorme, altísimo, contundente, y muy muy loca, educada en la escuela cordobesa del loquerío creativo que brillaba con luz propia en el mítico «El Ángel Azul» –que mandó clausurar el carnicero Menéndez en tiempos de Videla y Cía.–, huida a Buenos Aires después de protagonizar un bonito escándalo en la Escuela de Marina, donde sus padres adoptivos de origen catalán lo habían obligado a ingresar. Hay varias versiones del suceso. Parece que la Salvy no era la única loca en el cuartel; se hizo amigo de otros como él y empezaron a mariconear de tal manera que un oficial se burló de ellas ante toda la tropa. Las aludidas, en vez de achicarse, enfrentaron al machirulo y le recordaron cómo solía tragársela doblada entre los cañaverales de la cañada... El milico hizo el gesto de sacar el arma reglamentaria pero no pudo llegar a hacerlo pues la Salvy lo noqueó con un *cross* a la mandíbula como sacado de un verso del tango «Corrientes y Esmeralda»: «Amainaron guapos frente a tus ochavas / cuando un elegante los calzó de cross».

Después de aquello, juicio y expulsión y a Buenos Aires a brillar bajo los focos en el Maipo. Pero eso duró poco, porque no soportaba la esclavitud de las dos funciones diarias, y empezó a rebuscársela en mil oficios, siempre viviendo en domicilios provisionales, pensiones, casa de amigos, conventillos, solo o en pareja con unos chongos patibularios, como el Osvaldo, su gran amor. Héctor contó la historia en la ficha 13 de *Estrechamente vigilados por la locura*.

DESAYUNO EN EL ASCENSOR

El amor, para Salvy, es su Osvaldo, un chongo hermoso y déspota, ajeno al trabajo. Vivían en un patio de vecindad –conventillo– y la cocina del matrimonio estaba instalada en un ascensor abandonado. Por las mañanas, Salvy, como una estrella de cine, envuelta en imaginarias batas transparentes, caminaba presurosa hasta el ascensor y abría con estrépito su enrejada puerta como si se tratara de la última maravilla del confort moderno, y se lanzaba con entusiasmo –a lo Doris Day, apostillo yo, con la confianza que da haber escrito cientos de páginas con H.A. a cuatro manos–, a preparar el desayuno.

Un día se pelearon. Salvy decidió darle un escarmiento. Se fue a dormir a la casa de un amigo, La Boca de Oveja, otra cordobesa exiliada de la Reina del Plata. Por la mañana, arrogante, desafiante, se presentó frente al preocupado Osvaldo. Salvy lo contaría después a los amigos: «Pobre Osvaldo, estaba tan mal. Apenas abrí la puerta me dio una trompada que me tiró contra el ropero».

Pero, allí, en Canillejas, el Osvaldo ya no era ni un recuerdo y no fue mencionado. Recuerdo que la Salvy entró a nuestro dormitorio, abrió el placard, se escandalizó del estado del mismo, arrojó todo su contenido sobre la cama y comenzó a doblar camisas, rescatar pantalones –«a este se le descosió el dobladillo, después lo arreglo, supongo que tendrán un costurero ¿o no?»– y empezó a informarnos sobre el horror de la vida en Buenos Aires y cómo vivían muchas de las locas amigas, aterrizadas, escondidas, con miedo de salir a la calle y que las detuvieran... Así que la Salvy le pidió la dirección a Juanjo y se vino a Canillejas.



¿Qué hacer con la Salvy? Legalmente entró como turista y tendría que salir del país cada tres meses para volver a entrar –como hicimos nosotros mucho tiempo, Francia, Portugal, Marruecos– y sin un duro en el bolsillo. Decidimos que tenía todo el derecho del mundo a ser considerado un refugiado político. Y, por tanto, nos dedicamos a crearle con Héctor una apócrifa biografía –mucho menos heroica que la suya, por cierto, aunque no se pudiera mostrar entonces– de militante político, le asignamos un partido –creo que el PST–, le informamos sobre cuestiones que hicieran verosímil su discurso, implicamos a algunos amigos de asociaciones de ayuda al refugiado y le armamos un dossier que le obligamos a estudiar como si se tratara de un libreto de revista. Finalmente, después de un mes o más, llegó el día de la entrevista y al levantarnos con Héctor encontramos a la Salvy metamorfoseada en chongo, con vaqueros, jersey de cuello alto, una cazadora de cuero –«forrada de corderito»– y unos zapatos con plataforma que arrastraba por el suelo todo el disfraz. Le indicamos que se cambiara los zapatos y partimos para la Puerta del Sol.

La esperamos en El Miño y cuando nos vio dijo: «Nada que hacer... Me deportan» y lanzó una carcajada de las suyas. Después dijo que nos fuéramos inmediatamente a casa pues no soportaba más ir vestida así y que la viera alguna amiga del Carretas de las que andaban por allí.

NOVELITAS ERÓTICAS Y FANTINI EN LA CALLE DEL PEZ

En la sede de Amnistía Madrid conocimos a Fariña, miembro de AI en Barcelona. Era el encargado de «Publicaciones», folletos, dípticos, algún libro –todo muy artesanal y a pulmón– y su trabajo era absolutamente voluntario (no cobraba un duro y algunas veces ponía dinero de su bolsillo). Un tipo solidario por naturaleza, de una alegría natural y contagiosa y una vitalidad extrema. Casado –con una verdadera santa–, con varios hijos, vivía en un piso amplio en Barcelona, por Lesseps, y en el mismo edificio tenía otro piso, más pequeño, donde trabajaba, su Sanctasanctórum. Allí producía dos o tres novelitas eróticas por semana, bajo distintos seudónimos, en una colección llamada Sexy Star, una «filial» de la Editorial Bruguera, que se apuntó a la ola del destape desatada en España tras la muerte del generalísimo, con unas colecciones de erotismo, porno blando, que se vendían en los kioscos a 50 pesetas en tiradas enormes. Antes de estas novelitas Fariña había escrito muchísimas otras de vaqueros, ciencia ficción, terror –y se comentaba que en secreto estaba escribiendo una novela que daría que hablar–.

Fariña era absolutamente divertido, disfrutaba de su trabajo de galeote de la pluma, escribía bajo muchísimos seudónimos –todos extranjeros, claro, anglosajones, suecos, alemanes, franceses, jamás uno español, igual que las tramas, que debían transcurrir en cualquier lado menos aquí y los protagonistas, por supuesto, *idem*–. En aquel piso-oficina-fábrica Fariña tenía en percheros colgados los complementos con los que vestía a sus alias, sombreros, chaquetas, pañuelos, batas de terciopelo, cuando los encarnaba y se ponía a escribir. Fariña –después de una reunión en Amnistía debatiendo sobre la mejor manera de distribuir las publicaciones sobre torturas, pena de muerte y violaciones de los derechos humanos– era capaz



de levantarnos el ánimo contando las biografías que había inventado para cada uno de sus seudónimos, heterónimos, escritores múltiples que lo habitaban. Más de uno se sorprendería si supieran quiénes estaban detrás de aquellos seudónimos de las novelitas populares que se vendían en los kioscos, escritores represaliados por rojos que no podían publicar, escritores conocidos acuciados por necesidades económicas, aprendices de escritores, a los que en aquellos años vinieron a sumarse los escritores huidos del Cono Sur...

Gracias a Fariña empezamos a escribir las novelitas para Sexy Star. Una, dos, a la semana. 120 páginas, 10, 12 capítulos de igual extensión... No sé exactamente cuántas escribimos bajo los seudónimos de Gian Kisser –Héctor– y Dick Laurent –yo–. En casa conservamos unas veinte y estos días las he estado releando y me sorprendió, a tantos años vista, la cantidad de «contrabando ideológico» que metimos en ellas: en ninguna hay castigo para los/as transgresores/as de la norma, nadie es condenado por sus «pecados de la carne» ni obligado al arrepentimiento y la redención para purgar sus faltas, como era muy habitual en la pornografía de la época.

¿De dónde sacábamos los argumentos? De nuestras propias vidas y la de nuestros/as amigos/as que pasaron a ser protagonistas de muchos de los títulos y exigían protagonismo en las mismas. Bebita es Verita en una, Adelaida es «Boquita hambrienta» en otra o Goliat Olivos era el trasunto de David Viñas. A mí se me daba bien trasladar argumentos de películas o inventarme personajes como Isa Sarti –a la mayor gloria de la Coca Sarli, en *Tentadora*– o en plan caricatura –aunque me salió bastante ajustada a la realidad–, Marta Letrán –Mirtha Legrand haciendo de ella en *Sexo en la ciudad*–.

Anoche estuve leyendo justo esa última novela y me sorprendí al encontrar a muchos conocidos. Es una novelita coral, pero el peso lo lleva Doxie Columbus –una caricatura de una amiga psicoanalista con quien compartimos piso en Azca– se supone que en una Nueva York más madrileña que un chotis y más porteña que un tango. Junto a Doxie Columbus hay un guitarrista callejero que canta «La balsa», de Tanguito y Litto Nebbia, un alto ejecutivo tiburón de las finanzas; actores y actrices, periodistas, una vendedora de ropa traída de Londres o la India, y Luigi Fantini, el querido Fantini con quien vivimos en la calle del Pez en un piso-comuna en el que nunca supimos bien cuánta gente había, chicos, chicas, en pareja, sueltos, estables o de paso, todos antifranquistas, muchos anarquistas pero también gente del PCE y la ORT... y Fantini, que era el único homosexual y el animador del grupo, el que lo aglutinaba: a nadie se le ocurría siquiera cuestionar su opción sexual e, incluso, ellos y ellas le buscaban novios.

Fantini estudió Bellas Artes y era un excelente artesano que fabricaba telas de batik –cuando trabajaba, que era muy de vez en vez, porque lo que más le gustaba era beber vino, fumar canutos y hacerle los coros a la Rinaldi⁴ (la escuchaba a todas horas en una cinta de casete y cuando vino a Madrid y actuó en el Teatro

⁴ Susana Rinaldi (1935), actriz y cantante de tango argentina.

de la Comedia lo invitamos a verla y casi muere de la emoción cuando ella cantó «Tinta Roja»)–.

Cuando salí *Sexo en la ciudad* fuimos al kiosco y compramos diez ejemplares para que Fantini y Doxie Columbus repartieran entre sus allegados. Recuerdo perfectamente a Fantini leyendo para los habitantes del piso en el edificio apuntado de la calle del Pez 28, tirados sobre colchones que oficiaban de sofás en el salón, un pasaje que se hacía eco de una noticia internacional muy corriente en esos años de caliente «Guerra Fría»:

Llegó al Catacumba gay, un bar «con atracciones», un establecimiento en el cual se bebía, bailaba y algunas cosas más. Los parroquianos eran de lo más variopinto: encantadores efebos, deportistas, oficinistas, locas de atar, dirigentes de movimientos de liberación gay, etc, etc, etc. La parte superior era la vedette del establecimiento. No pretenda el lector que la describa. Resultaría imposible. La oscuridad era absoluta. Nadie lograba ver ni la punta de su nariz. Solo las llamas azuladas de los mecheros que se encendían y apagaban permitían visualizar algo. La verdad es que no hacía falta ver nada. El tacto es también un sentido de lo más importante y se puede asegurar que reemplaza en forma efectiva al sentido de la vista.

La gente bajaba y subía rumbo al piso superior. Ya allí se perdía por los múltiples pasillos y corredores. Nadie hablaba. De pronto algún gemido anunciaba que alguien había llegado al momento culminante. Luigi se vio inmerso en la vorágine. El no saber quién era el compañero de travesuras ponía un poco de morbo añadido a la situación. Todo iba sobre ruedas cuando una voz se impuso sobre el coro de jadeos:

–Andrei, Andrei.

–¿Qué quieres-contestó alguien

–¡Andrei, vámonos! El director debe estar furioso.

–¿Y a mí que me importa? –contestó Andrei, que tenía algo más importante entre manos.

–Andrei –repetió la voz–, ven inmediatamente. Te pueden despedir del ballet.

El tal Andrei era uno de los principales bailarines del ballet ruso Polshoi; que se hallaba de gira por EE. UU.

–No me importa. He decidido pedir asilo político.

–Muy bien –contestó otra voz–. Yo hice lo mismo el año pasado.

–Y yo-replicó un tercero.

–Bravo, bravo, bravo –coreó la multitud.

De repente, como si el dick-jockey hubiera adivinado lo que sucedía, comenzó a sonar «El cascanueces».

Y todos gritaron en el dark-room:

–¡¡¡Viva Tchaikovsky!!!

AQUEL DELTA

En 2009, en uno de mis viajes a Buenos Aires, visité el Delta, una geografía muy pegada a mi biografía: en una isla en el Río Capitán, pasado el Paraná de las Palmas, mi abuela Sara tenía una casita sobre pilares en la que yo me refugiaba a preparar exámenes durante semanas en mi época universitaria, a la que invitaba



a amigos y novios y de vez en vez daba alguna fiestecita non-sancta. La gente inteligente asegura que no se debe regresar a los sitios en los que se fue feliz, pero el tango «Volver» dice que siempre se vuelve al primer amor. La gente inteligente tiene, seguro, razón, pero yo soy excesivamente tanguero y siempre vuelvo. Para comprobar, efectivamente, que la gente inteligente sabe lo que dice.

Tomé la «Lancha de García» hacia el Río Capitán, llegué a la isla, y al buscar la casita de mi abuela «solo encontré la tapera», como diría Martín Fierro. Del muelle solo quedaban cuatro postes emergiendo del agua, de la casita de madera sobrevivía el esqueleto y el antiguo jardín era una selva compacta que impedía el paso...

Viendo, durante esta pandemia, en la tele, la película *Todos tenemos un plan*, dirigida por Ana Piterberg en 2012, con Viggo Mortensen, Soledad Villamil y Sofía Gala, y que fue filmada en el Delta, recordé aquel día. Hice tiempo vagabundeando un rato por la isla y me volví en la «Lancha de García». Llegamos al muelle y en vez de regresar a Buenos Aires decidí quedarme en el Hotel Tigre –pensé lógicamente en Lugones, que se suicidó allí, no estaba en mi ánimo imitar al poeta de *La Hora de la espada*, pero sí tenía, se ve, la necesidad de escribir un *proema* que me levantara el ánimo–. Y el sexo siempre me lo levantó –al ánimo–. Y, entonces, escribí «Coto Abierto», que es un paseo-*cruising* por mi primer Madrid –de principios de 1977 a finales de 1979–. En la primera versión, llevaba como subtítulo «Guía útil para los folladores que visiten esta Villa y Corte»:

COTO ABIERTO

Todo Madrid, todo,
a pesar de que en los
Kioskos El Alcázar
seguía sin rendirse
la suerte estaba echada
y todo Madrid, para ti,
era un coto de caza:
la Casa de Campo;
el templo de Debod;
la Finca de Papá;
El Retiro;
los jardines de Sabatini;
la plaza de toros de Las Ventas;
el obelisco frente al Ritz

(girando-yirando, iluminado por la llama que recuerda, frente a la Bolsa, a los caídos en pasadas guerras que Goya narró en telas que ahora, a esta hora, las tres de la mañana, duermen en el Prado, aquí, a dos pasos del corazón del levante trasnochado-trastornado);

los servicios de Nuevos Ministerios;
bajo el puente, la Sirena Varada;
el pasadizo subterráneo que unía



San Bernardo y Plaza España;
el primer vagón del Metro de la Línea 1

(¿Dónde estará con su ruido de lata y asiento reservado para «Caballero mutilado»?
¿quién ocupa tu plaza en aquel vagón siempre lleno que abordabas insaciable cuando
las otras opciones habían sido exploradas y/o desechadas?)

En aquel tiempo

(¿Temps era temps! ¿recordás aquellos besos??. «I Tant, i tant, no me obligues a
hacer memoria»)

En aquél tiempo
un tiempo de malaria-mishiadura

(cuando viste por primera vez que al cierre de los bares le seguía un concierto de
lluvia interpretado por almodovarianas mangueras aún no inventadas por la ley
del Deseo)

a pesar del Alcázar en los kioskos,
y de los bigotitos triunfadores
de los verdosos señores Loden
siempre oliendo a puro y a coñac
en las cafeterías de Bravo Murillo,
Madrid, para ti, en ese entonces,
era un coto de caza
abierto
tras una larga veda...

(Hotel Tigre. Buenos Aires, septiembre de 2009)

SEGÚN QUE PASEN SEIS AÑOS

A finales de 1979 nos fuimos de Madrid. Regresamos seis años después,
tras pasar todo ese tiempo trabajando en Cataluña y en Euskadi, en Barcelona y en
San Sebastián, en periódicos y revistas y participando en ambas ciudades en diver-
sas «guerras» que siempre, al fin y al cabo, son las mismas –en Barcelona con el
Lambda y en Euskadi con el Egham–.

En Barcelona nos ganamos la vida escribiendo las novelitas eróticas que ya
escribíamos en Madrid, colaborando en *El Viejo Topo* –artículos y una sección fija
llamada «Solidaridad», en la que dábamos cuenta de violaciones de derechos huma-
nos, incluidos los sexuales– y en el *Diario de Barcelona* –Héctor en «Internacional»
y yo en «Cultura y Espectáculos»–.

En San Sebastián trabajamos en *La Voz de Euskadi* –Héctor en «Internacio-
nal» y más tarde como jefe de redacción y yo como «responsable» de Cultura–. Y
seguíamos colaborando con revistas de Madrid y Barcelona y empezamos a publicar



en *Muga*, una revista de historia con mucha solera euskalduna y mucho interés sobre lo que ocurría en Latinoamérica –por supuesto que traje a Bolívar acompañado por su amor Manuela Sáenz a visitar a sus ancestros vizcaínos a la Puebla de Bolívar en sendos artículos– y especialmente en Argentina –la influencia en Hernández de la tradición de los bertzolaris vascos en la célebra payada entre el moreno y Martín Fierro fue otra de mis colaboraciones–.

En 1985 regresamos a Madrid para trabajar en *Liberación*. Volvimos así a encontrarnos con la protagonista de esta Historia de dos Ciudades que es la misma pero, a nuestros ojos, parecía otra.

MADRID II (1985-2000)

EL ASUNTO ESTÁ QUE ARDE

Llegamos a un Madrid muy distinto al que dejamos. Comenzamos a trabajar en *Liberación* –tal vez la última experiencia de periodismo independiente habida en España, dirigido por primera vez, desde la II República, por una mujer, Mercedes Arancibia, enorme periodista y más grande aún como ser humano–. Qué experiencia más interesante aquella y cuánta gente talentosa al servicio de una idea del periodismo que, como el Marconi y los trenes tortugas, estaba condenada a desaparecer. Pero, visto a la distancia, qué hermoso canto del cisne, qué baile a lo Zorba. Cuando recuerdo las catástrofes profesionales siempre pienso en la escena final de *Zorba, el griego*, cuando Antony Quinn le pregunta a Alan Bates «¿Ha visto usted un desastre más hermoso?», y este le pide que le enseñe a bailar. A *Liberación* –que duró poco, como todo lo bueno– siguieron *La Tarde y Panorama* y colaboraciones para revistas gais de Barcelona (*Amigos*) y Buenos Aires (*Imperio*).

Y también una militancia renovada de Héctor respecto a la pandemia del VIH-sida, a la que se entregó totalmente, creando con cuatro personas más el Comité ciudadano antisida de Madrid y posteriormente la Fundación Antisida España, de la que fue secretario general hasta 2000.

Es curioso escribir en plena pandemia de COVID sobre lo que significó el sida en nuestras vidas y cómo nos condicionó –*Una visita inoportuna* tituló Copi su última obra de teatro–. ¿Qué habrá de significar esta pandemia de COVID en la vida de los jóvenes de hoy?

Aquella visita inesperada convivía simultáneamente con el entusiasmo que provocaba el reto de llegar a los magnos festejos del 92, con expo, olímpicos juegos, capitalidades culturales.

En 1999 empecé una novela, *Bienvenidos a Sodoma*, que rematé en 2015 y en la que –en clave de comedia– hablo de aquellos años en un Madrid brillante, bullicioso, exultante, que tardó mucho en percibir la amenaza. La novela acaba de publicarse en Moléculas Malucas con un prólogo generoso de Jorge Luis Peralta.



Querido Jorge Luis: como bien señalas en tu generoso prólogo a Bienvenidos a Sodoma el SIDA sobrevuela toda la novela, pero no aparece –aparentemente– hasta las páginas últimas –en una ráfaga televisiva que el protagonista, Lavetusta, mira en el salón VIPs de Barajas esperando a que llegue el chico de Tenerife, su amado–, pero sin embargo está presente en toda la novela, bajando línea preventivo-subliminal a través de los condones que Lavetusta regala a su amigo El Ácido, por ejemplo, o cuando en el Leather, el negro portentoso en el cuarto oscuro le pide una goma al periodista antes de follarse a una de las sombras...

Me gustaría cerrar esta pandémica narración incorporando un artículo que escribí para Tiempo –e incluido en el libro Sida, el asunto está que arde, que publicó la editorial Revolución, en el que se habla del comienzo de la pandemia en Madrid y del rechazo que produjo incluso en el gueto. Sale el Carretas, claro, y el Figueroa, y Black and White..., todos los escenarios que aparecen en Bienvenidos vistos desde la óptica periodística, pero, incluso, en medio de esta tragedia, sin renunciar al humor provocador y militante. Me asombra ver que se publicó en 1987, diez años después de nuestra llegada a España. Así que en cierta forma este texto sintetiza este tiempo. Aún me quedan por narrar tres décadas vividas en el Foro y en la Comunidad de Madrid (Aranjuez). ¿Lo dejamos para otra ocasión?

Un Abrazo,

Ricardo

UN DÍA EN EL GUETO Y SIN HABLAR DEL SIDA

En el gueto, en los múltiples guetos en que se desarrolla el mundo homosexual, nadie habla del sida. En el gueto, la gente cuenta historias en las que el sida, innombrable, innombrado, entra de puntillas en la conversación, casi con vergüenza.

Mañana

Un día en el gueto madrileño puede comenzar a las diez de la mañana, en Atocha, en la estación de Atocha en el andén «que ya no es lo que era». Muchos de los asiduos han emigrado y rememoran con nostalgia una edad de oro con muchos llegados de Lisboa, con amor exprés vivido en los cuartitos de los váteres vecinos del «Estanco» de la «permissiva Policía Nacional», según cuenta un veterano: «Eran unos verdaderos caballeros comparados con los nuevos amos, los vigilantes de Prosegur. Antes si te encontraban con alguien en los cuartos –dice nuestro primer interlocutor– el poli esperaba a que terminaras el polvo o golpeaba en la puerta para que salieras. Estos de Prosegur en cambio trepan a la puerta como monos. ¡Cuánto exceso de celo! Para mí que son todos voyeurs y mariconas frustradas. Así que aquí, nada de nada, aquí no folla nadie. Aquí sólo pajas. Y eso no contagia. ¿No es cierto?».

A las doce, en Sol, un chaval y un soldado comparten un escaparate de rebajas. «A 1000 pesetas» grita un cartel tras ellos. En el «Miño», en la barra atestada,



nadie habla del sida. Se habla de José y de lo mal que lo estará pasando. José trabaja como cocinero y comparte el piso con dos amigos. Se sintió mal, fue al médico, le diagnosticaron sida y ahí está el problema: «Te das cuenta de lo que puede pasar si lo cuenta... Lo echarían del curro y del piso. Ya sabes cómo es la gente, reflexiona frente a una caña, Salvy, un habitante de pensión de la calle Espoz y Mina, asiduo del Cine Carretas, la próxima parada.

Desenfrenos carnales y Ángeles del infierno componen el programa en sesión continua. Un chico del barrio de Las Musas sablea al personal para que le costee la entrada. El chico no solo viene a trabajar –500, 1000 pesetas la chapa, según sea en butacas o lavabo el servicio–, sino, también, a ver a los amigos. El Carretas bulle de actividad. En el pasillo del fondo la cosa está intransitable. Los de las últimas filas –conocidos como «las mamonas»– se vuelven a la altura apropiada. Un grupo se entretiene en labores de aproximación táctil. Alguien se sienta, alguien le sigue. En la pantalla Peter Fonda y la hija de Frank Sinatra velan al jefe de los motoristas de Ángeles del infierno.

Un pastor protestante –en la película– oficia el funeral confundiendo el nombre del muerto y los ángeles destrozan la iglesia y se montan una festichola en la que hasta el fiambre vestido de cuero participa. «Eso es lo que habría que hacerle a la Polaca –léase el Papa polaco, también conocido en el ambiente como Karola, la caliente y/o Woti, la descocada–, mira que atacarnos todo el tiempo como lo hace la muy puta. Justo cuando más preocupadas estamos», declara un jovencito de rebeca y senos recién trabajados, conseguidos con esfuerzo y silicona, refiriéndose a la postura de la Iglesia e introduciendo el documento vaticano en la Catedral Gay. «Una loba para sus corderos –continúa–. Eso es lo que es. Yo soy católica y sé que Dios la va a castigar... En cuanto a mí, como decía Billie Holiday, los domingos voy a misa y el lunes al cabaret. A nadie le importa mi vida...». Y parte hacia los servicios. En uno de los cuartos, junto a variados grafitis y a las pegatinas arrancadas del Comité Ciudadano Antisida, destaca un acróstico fabricado con las letras de la sigla *sida*:

Sácamela
Inmediatamente
De
Atrás
Y un mensaje necrófilo taurino: «Para corridas de muerte: Condones Paquirri».

Tarde

«Mira, en este asunto, se mezcla la estupidez, la ignorancia y la hijoputez, ¿te acuerdas de lo de Tarims? Fue terrible y da claramente la medida de lo que son estas tías de la Jet... Todas histéricas por haber sido maquilladas por el pobre querido. Aparte de prejuiciosas, burras. Pura noñez y ganas de salir en las revistas». El que habla es Liborio, metido en el mundo de la moda «desde siempre». Lo hace, a las 7 de la tarde en «Rey Fernando», sobre un fondo de boleros pasados por la lejía del hilo musical. El camarero en su chaqueta blanca atraviesa el pasillo con la ele-



gancia de un oficial de barco italiano y cobra la consumición de las señoras que se preparan para ir al teatro.

En el café Figueroa, a las 8, los parroquianos toman café, charlan, intercambian apuntes, juegan al billar en el primer piso dominado por el mimbre, o leen la prensa que, gratuita, descansa sobre el mármol blanco de las mesas. *El País, Ya, ABC, Diario 16*. En todos ellos, noticias sobre el tema. «La gente no habla pero se entera –dice Miguel, estudiante de Derecho–. Es imposible no enterarse. Yo –ejemplifica– estuve con miedo hasta que decidí hacerme la prueba. Por suerte dio negativo y ahora... condón, condón y a pasar del rollo de la mortificación» –rima extrayendo del bolsillo de la camisa la cajita dorada con dos preservativos– «por si hay suerte».

A las 9 en el «Benito» de la calle Gravina la atención la concita el nuevo modelito estrenado por Reina y el recibimiento tributado por los colegas a –pongamos– Pedro que vuelve a la circulación después de un mes de talego en provincias: «chungo, chungo, prefiero Carabanchel, porque al menos veo a la familia y siempre hay birras...», sintetiza mientras planea la noche y alguien –sin nombrar el sida– cuenta el fin de Manuel: «Cuando se enteraron de que estaba enfermo lo encerraron en celda de castigo y lo tuvieron sin médico y sin llevarlo ni siquiera a la enfermería. Cuando una doctora de la Cruz Roja logró que lo trasladaran al Hospital Penitenciario ya era tarde. El juez no quiso dar la condicional por aplicación del artículo 60 y creo que murió en el Provincial».

Noche

A las 10, en «Black and White» el tema de conversación en la barra son las pintadas aparecidas en el barrio: «SIDA MÁTALOS» y «VIVA EL SIDA». Una loca entrada en años se muestra absolutamente tranquilizada por la última pintada y explica sus motivos: «No sabes que ahora estamos de moda las carrozas –apunta– como el bichito ataca a las más jovencuelas ¡Viva la Tercera Edad! Gallina vieja da buen caldo», concluye. El «SIDA MÁTALOS» está estampado en la manzana del Gijón y va especialmente dedicado a los chaperos que adornan la esquina. Juan es uno de ellos, muestra el condón y comenta: «Prefiero trabajar en el “Black and White” o en cualquier otro lugar cerrado. No te creas que es fácil hacer la carrera con esas pintadas detrás. Yo siempre –o casi siempre– lo hago con condón. Pero hay clientes que no quieren saber nada y, chaval, hay que comer ¿no?».

A veinte pasos, «Rimmel»: el personal divide su atención entre los videoclips pirateados de «Tocata» proyectados en la pantalla grande y los filmes porno que transcurren en otro televisor más pequeño. Mientras Grace Jones asegura que «La vida es rosa», Paco, sociólogo y verdadero conocedor del tema, saca sus conclusiones: «El amor en los tiempos del sida –dice apropiándose del título de la novela de García Márquez– aún no tiene su pornógrafo. Todos estos filmes son prehistoria erótica. En ellos nadie usa condones y todo el mundo la mama sin problemas como en los viejos tiempos. Son piezas de museo, sólo útiles para el erudito. A lo sumo se pueden observar con nostalgia. Si queremos estar a la altura de los tiempos, tendremos que ponerle –como dice Rosa Montero– morbo y jolgorio al asunto del condón.





La pornografía tiene que estar a la altura de las circunstancias y asumir su servicio público de fabricante de fantasías eróticas. Un condón perfectamente fotografiado y desplegado sobre apropiado mástil puede tener más morbo que una anilla en los testículos, un peto de cuero o una muñequera a lo Tom de Finlandia». Absolutamente de acuerdo con el sociólogo se manifiesta Secundino Manzano –periodista y activista antisida– en el «Leather» de la calle Pelayo. El argumento de Paco le parece «irreprochable» y comienza a hacer su particular oda al condón: «Mira –dice introduciendo los veinte duros en la máquina expendedora recientemente instalada–, hasta hace poco, el condón era un artilugio con pésima prensa, remitía a un pasado de cuartel y burdel, con un fuerte olor a postguerra y permanganato. Sólo algunas casas veteranas como “La Discreta” de la calle Jardines o “La pajarita” en el Chino de Barcelona, los exhibían en sus escaparates. Hoy los expenden en los sitios más refinados y “modelnos”. En versión cutre te los da el morito de la esquina. En los sex-shops de la calle Valverde los hay hasta con gusto a fresa y peppermint, especialmente indicados para fellatios golosas. Y sin olvidar los colores, claro está. Por otra parte el condón ha elevado el nivel de las tertulias, eso es constatable. Hasta las señoras que leen el “Hola” pueden enterarse que los recomienda el duque de Edimburgo...».

«Pasan de la fusta a la castañuela sin ningún tipo de contradicción», critica Bruno una hora más tarde al pasar frente al «Cross» de Hortaleza y ver el cartel: «Manolo en Maruja Díaz y Sevas en Juana Reina». Excluido «Cross» por problemas de programación, nuestro flamante cicerone, afecto al sadomasoquismo, nos acerca a «Cruising» donde se redobla su disgusto al comprobar que en el local aparentemente «Hot», nada de nada. «El cuero ha muerto –sentencia apesadumbrado–, hoy por hoy, es el skay quien manda».

A las dos, una pareja abandona «Cruising». Uno de ellos retira de la luneta de un coche dos invitaciones –50% de descuento– y sugiere el plan. Es la hora de las saunas. La pareja elige «Cristal, para novios». Otros se encaminan a la tradicional «Pelayo» y el resto abandona el barrio hacia San Bernardo y entran en «Comendadoras» o «Adán». Así –dejando de lado las discotecas para los más resistentes: «New Bachelor», «Ales», «Parking»– se completa la oferta bajo techo de la noche.

Al aire libre –liquidado el clásico obelisco frente al Ritz y la Bolsa– solo queda el Retiro: el triángulo que entrando por Alfonso XII y saliendo por Alcalá, enmarca el territorio frecuentemente batido por los reflectores de los coches policiales y las esporádicas excursiones de manguis en mono o pijos fachas con revólveres de aire comprimido. Aquí tampoco se habla de sida y la última imagen registrada por este cronista es un condón agitándose sobre la rama de un pino.

Los muchos guetos

A partir de la presión del deseo homosexual, el gueto, amparándose en la tolerancia, crece. Nos estamos refiriendo al gueto comercial, el conformado por la oferta de bares, discotecas, saunas, cines. Otros guetos serían los urinarios de las estaciones de ferrocarril y autobuses, ciertos parques, ciertas calles, en las que los homosexuales pueden contactar y relacionarse.

Se puede afirmar que su existencia, su presencia, es una demostración de la potencia del homoerotismo. Algo así como un territorio –de imprecisos límites– conquistado a la «normalidad», en el que miles de personas se atreven a desobedecer las leyes morales impuestas por la mayoría. Y, sobre todo, es el lugar en donde es factible encontrar compañía sexual, amigos, sentirse menos «raro». Por supuesto, existe la otra cara: no escapa al control de la policía que vigila y ficha; suele estar regentado por mafiosos; la bebida es cara y pésima; las saunas son una verdadera mugre, etc., etc., etc.

También, por supuesto, el gueto puede convertirse en el lugar en el que la homosexualidad sea confinada. Algo similar a lo que acontece con las enfermedades mentales, con la locura. Los locos son encerrados en los manicomios y –de tal guisa– la locura queda constreñida en el marco de estas instituciones hermanas de las cárceles –el otro gran gueto, anunciador del último y definitivo: el cementerio–. La locura solo existiría en este contexto amurallado y fuera del mismo imperaría la no-locura, la normalidad.

Asimismo, es lícito decir que este sistema, defensor a ultranza de la heterosexualidad centrada en la familia, y que define toda otra opción sexual como «anormal», ya no puede recurrir –entre nosotros, no es lo mismo en Irán, ni en Cuba, para poner dos ejemplos– a antiguos «remedios» –cárcel, manicomio, hoguera– y dadas las circunstancias, intentará al menos que «toda la homosexualidad» exista solo dentro de márgenes que puedan ser controlados. De esa manera, aislada la «enfermedad», tipificada, se convierte en una variante nada subversiva, inofensiva, hasta administrable.

En definitiva, el gueto no resulta un buen lugar para estar y, sin embargo, es el mejor lugar existente ahora, porque es el único posible. Dicho esto, habría que agregar que las relaciones internas en el «ambiente» no parecen diferenciarse demasiado, en sus formas aparentes, de las que rigen la sociedad heterosexual: competencia, celos, sobrevaloración de lo masculino, roles fijos, clasismo... Pero por su ubicación de isla en el mar familiarista, la sola existencia de ese gueto o comunidad marginal, cuya razón de ser es la violación sistemática de la conducta sexual permitida legal y tradicionalmente, implica una profunda distorsión de lo establecido y aparece como la contracara de la sociedad imperante, como un espejo negativo que al mismo tiempo que la imita, la invierte y la niega. Sucede que la utilización homosexual de la sexualidad implica la negación del matrimonio y la familia, al constituirse en en la afirmación –objetiva– del placer como válido en sí mismo, del deseo por el deseo, sin ninguna otra finalidad que el goce. De ahí que, si la consecuencia más o menos «lógica» y previsible es la más acabada integración en el mundo de la «normalidad», el prestigio social y muchos más etc., la relación entre dos personas del mismo sexo tiende, por el contrario, a la desintegración de los sujetos que la practican con respecto a la imagen preestablecida de la felicidad, consistente en un *collage*, en una serie de símbolos que pasando por la ceremonia nupcial, culminará en una ancianidad poblada de nietecillos traviseros –pero bien educados–. El amor heterosexual (imaginativos, aparte) debe potencialmente conducir a la producción de hijos y de familias que aportarán futuras manos de obra –que ahora no se sabe dónde colocar– y costeará amorosamente los gastos de preparación y entrenamiento



(la familia monogámica es la base, la «célula» básica de la que tanto se ha hablado). El amor homosexual, en cambio, solo produce amor para los *partenaires*, no puede producir otra cosa y es, por eso, improductivo al no colaborar con las necesidades de continuidad y fortalecimiento de todo el andamiaje social.

Y entonces llegó el sida

Nos hemos acercado al gueto, hemos intentado describirlo primero desde la óptica periodística, luego desde la consideración más o menos teórica. Ahora lo haremos introduciendo el nuevo elemento: la infección causada por el VIH. El sida.

Hablar de sida es muy difícil en el gueto. Casi imposible aunque, hoy por hoy, algo se ha avanzado. Los bares cuentan con máquinas expendedoras de condones. La gente del COGAM (Colectivo Gay de Madrid) ha repartido en sus esquinas díticos sobre la prevención de la enfermedad; el Comité Ciudadano Antisida de Madrid ha empapelado los muros y sembrado de octavillas el barrio de Chueca. Las publicaciones, fanzines (*Mundo Gay*), que se venden o regalan en los bares, recomiendan «Sexo Seguro». Pero hace poco más de un año –en pleno 86– esto era imposible. *Mundo Gay*, por ejemplo, a través de una de sus plumas más calificadas –La Cotilla– escribía: «Para noviembre –corría septiembre cuando La Cotilla escribía– nos han anunciado la posible apertura de un local que fue “leader” en su época. ¿Os lo imagináis? Y para terminar, una preguntita: ¿Conoces tú a alguien que tenga el SIDA? ¡Yo no, y mira que me muevo por el “ambiente”! Me da la impresión de que todos los que lo tienen deben ser amigos de los periodistas que no paran de hablar de nuevos casos. Al menos en el Carretas no conocen a nadie que lo tenga...». En los bares, por su parte, se impedía la colocación de carteles o propaganda y las mesas redondas y coloquios preparados por el Comité Antisida debían irse del barrio de Chueca –epicentro del gueto– para refugiarse en los bares de amigos heterosexuales menos prejuiciosos. El «Elígeme» de Malasaña, el local que entonces llevaba el periodista Victor Claudín con otros socios (el más prestigioso, Joaquín Sabina) fue el anfitrión generoso mientras que los bares gay –hartos de inflarse a fuerza de alcohol de garrafa a alto coste– negaban sus sitios amparándose en una frase: «Esto nos va a joder el negocio».

Este año –1987– con ocasión del Día Internacional del Orgullo Gay se soltaron en las calles de Nueva York y Los Ángeles miles de globos con los nombres de los muertos por la enfermedad. Aquí hubiera sido impensable. Aquí –como asegura La Cotilla– nadie tiene sida en el «ambiente», y los que lo tienen evitan acercarse al gueto, donde seguramente serían rechazados por sus iguales. Evidencia terrible: la insolidaridad campea a sus anchas... Y la gente se muere sola en La Paz o en el Hospital del Rey. El año próximo se volverá a celebrar la fiesta gay y surge la pregunta ¿No habría que cambiarle el nombre? ¿Orgullo Gay? ¿De qué hay que estar orgulloso?

Revista *Tiempo* (Madrid, 1987)

Poco a poco la realidad se impuso y dejó, afortunadamente, obsoleto el artículo que habéis leído. Y entonces explotó una idea preventiva y también asistencial que se tradujo en la proliferación en toda España de Asociaciones Antisida que contaron con el apoyo de cada vez más gente implicada. El VIH/sida pasaba a ser un problema de salud pública que debía ser afrontado sin prejuicios absurdos y mitos persistentes que afloran en cada pandemia.

Esta es mi tercera pandemia: la primera fue la de la poliomelitis, que marcó mi infancia y me inspiró algunos momentos de mi primera novela, *Ituzaingo-Ituzaingo* (1999): «Parálisis infantil: no tomar agua sin hervir previamente; fumigar las aulas de la escuela de la señora viuda de Chamizo; blanquear con cal los árboles –y los cordones de la vereda–; la fila para darnos la vacuna, los temblores de frío –chuchos de frío– y la fiebre cuando nos prendía –“brotaba”, se decía–, alegraban a las madres que respiraban aliviadas, y el chico de la otra cuadra que se quedó paralítico e iba siempre a recuperación, y la bolsita de alcanfor sobre el pecho y a los bebés un collar de raíz de lirio al cuello».

La segunda pandemia fue la de VIH/sida, que marcó mi juventud y ahora, como no hay dos sin tres, COVID, para ocupar la vejez con una sorpresa que sinceramente no esperaba. Esta tercera pandemia –que no será la última– confirma lo que decía Camus: «Ha habido en la historia tantas pestes como guerras y, sin embargo, unas y otras cogen siempre a la gente desprevenida».

Salud y Carpe Diem.

Aranjuez, 30 de octubre de 2020



